

## CAPÍTULO SEXTO

### UNA PROFUNDA MIRADA. EL 48 VISTO POR TOCQUEVILLE<sup>251</sup>

Mientras los políticos se preocupaban “comme d’habitude” por el mañana electoral, Tocqueville escrutaba el porvenir, primero en *La democracia en América* y en *El Antiguo Régimen y la Revolución*, así como en la obra con que clausura su actividad parlamentaria, los *Recuerdos de la Revolución de 1848*,<sup>252</sup> pues en 1851, como expresión de repudio al golpe de Estado de Luis Napoleón, se retiró definitivamente de la vida política.

Pudiera parecer una osadía pretender encontrar novedades en la magna obra del sabio democrático, que conjuntaba en su persona al escritor, al académico, al frío orador parlamentario, al miembro de asociaciones científicas, al viajero curioso y puntal, y al corresponsal incansable, todo en la más acendrada tradición francesa de “hombre de saberes y de poderes”. Osadía o no, en todo caso la lectura de Tocqueville siempre depara hallazgos y nuevas lecciones. Este es el sentido del análisis que sigue a continuación.

Nacido en 1805 en Normandía, proveniente de una familia aristocrática y monárquica, supo del grave peligro que corrió su estirpe cuando la dictadura jacobina, pues su padre estuvo entonces a punto de ser guillotinado. Habiendo servido en los gobiernos restauradores de Luis y Car-

<sup>251</sup> Otra, se sabe, fue la de Marx.

<sup>252</sup> Echamos mano en estas líneas de la edición española de 1984, en traducción de Marcial Suárez, con un estudio introductorio de L. Rodríguez Zúñiga, aunque también nos hemos valido de la edición de André Jardín de *Ouvres de A. de Tocqueville*, París, Pleiade, Gallimard, 1991, tt. I y II, y de la Edición Crítica de *La democracia en América*, debida a Eduardo Nolla, que también la tradujo en Madrid, 1989, 2 tomos, así como del texto de Françoise Mélonzo, que es prefacio de *L’Ancien Regime et la Revolution*, París, 1988. Recurrimos también a un ensayo en nuestro contenido en *Arcana Imperi. Apuntes sobre la tortura*, México, 1987, pp. 71-80.

los, la Revolución Orleanista de 1830 le puso —dice Lively—<sup>253</sup> en una difícil situación entre el sentimiento y la razón y, para escapar de ella, emprendió el viaje a los Estados Unidos, acompañado de su gran amigo Gustave de Beaumont, a fin de conocer el sistema penal americano, un pretexto para adentrarse en la democracia de América.<sup>254</sup> La célebre obra publicada en dos partes (1835-1840), le mereció un sitio en la *Académie Française*. Fue diputado por su distrito natal, Valogner, de 1839 a 1848, vacilando entre Guizot y la oposición al gobierno de éste. Tras la revolución de 1848, que él predijo semanas antes que estallara, fue elegido para la Asamblea Constituyente, trabajó en el proyecto de la Constitución y, durante unos cuantos meses de 1849, fue el ministro de Asuntos Exteriores. En 1856, publicó *L'Ancien Régime et la Revolution*, después de haberse opuesto firmemente al golpe de Estado del Sobrino Menor.

En una carta a su padre, fechada el 24 de julio de 1852, Tocqueville se explica ante él y se revela de cuerpo entero:

Jamás he deseado el poder sino la reputación y la mía está mezclada indisolublemente con las ideas y las instituciones liberales. Adherirme, así fuera sólo indirectamente, al gobierno que las destruye en mi país y dejar que se llegue a creer que deseo aproximarme a él, me disminuiría en la estimación pública... No tengo nada mejor que hacer por el momento que no sea el hacerme a un lado y escribir. Eso también es política; pues ya os figuraréis que no me ocuparé en mis escritos de los Medos o de los Asirios y que mis sentimientos y mis ideas aflorarán en cada una de esas páginas.<sup>255</sup>

La estimación general de que gozaba, sus éxitos literarios, su posición política liberal por encima de las intrigas partidistas y palaciegas, los combates emprendidos, su biografía toda se encrespaba ante la facha deplorable del nuevo emperador, más danzarín que guerrero. Era imposible para Tocqueville el menor contacto con aquellas putrefacciones. Además, era el desencanto de la Revolución y sus entrañables libertades y fraternidades, pero tampoco la gloria majestuosa del siglo de Luis XIV, la del Ancien Régime. No había, por lo tanto, nada en el Segundo Impe-

<sup>253</sup> Lively, Jack, "Tocqueville, Alexis de", entrada de la *Blackwell Encyclopedia of Political Thought*, trad. de M. T. Casado Rodríguez, *Enciclopedia del pensamiento político*, Madrid, 1987, pp. 646-650.

<sup>254</sup> Véase Carrillo Prieto, Ignacio, *Arcana Imperi*, cit.

<sup>255</sup> Winock, Michel, *Les voux de la Liberté*, Paris, 2001, p. 313.

rio que le pudiera atraer o interesar: era su anticlímax histórico y, antes que acabar sus días tediosamente contemplando la decadencia atroz de la política y de la vida cívica francesas, hizo el recuento pormenorizado de las jornadas de febrero de 1848. Su prematura muerte le sorprendió en Cannes el 16 de abril de 1859, a la edad de cincuenta y cuatro años.

El propio Tocqueville ignoraba hasta qué punto su obra sería definitivamente crucial en las nuevas batallas por la democracia y por los derechos humanos, pues gracias a su fertilidad analítica es que ha sido posible concebirlos y proponerlos con nuevos argumentos y razones, más apegados a las realidades sociales que las del clásico discurso del siglo XVIII. Víctor Hugo, por otros medios, será el último portador, la encarnación postrera de “la idea inflexible de la revancha republicana”, para decirlo con la afortunada expresión de Winook. Después de él, entraría a escena otra generación, mucho menos brillante, sin el fulgor de “las bellas letras”, pero que también haría lo suyo en la batalla decimonónica por la democracia republicana.

Es indispensable tener presente, para una lectura de los *Recuerdos*, la tesis de Tocqueville, para quien la democracia es, ante todo, *un compromiso de la igualdad*, un acuerdo socialmente compartido con objeto de superar las inequidades sociales mediante la gestión transparente de los bienes públicos a cargo de ciudadanos investidos, temporal y periódicamente, de autoridad en virtud de un mecanismo electoral convincente por su imparcialidad y, eventualmente, por su universalidad.

Tampoco puede perderse de vista que su análisis persigue conocer el modo en que dicha igualdad afecta las actitudes sociales, la primera y más extendida, la del llamado “individualismo burgués”, una de las principales claves de su obra entera.<sup>256</sup> Y dicha reprobación, hay necesidad de recordarlo, provenía de alguien que daría, al final de su vida, una prueba superior de su convicción cuando, arrestado por órdenes de Luis Napoleón en Vincennes, a causa de su frontal oposición al golpe de Estado, rehusó el auto con el que se otorgaba la libertad respondiendo:

Acabo de recibir una orden de puesta en libertad. No la había solicitado y no he autorizado a nadie a solicitarla. Como no se extiende a todos mis colegas, detenidos por la misma causa y en la misma prisión, he de creer que me ha

<sup>256</sup> Véase Lively, J., *op. cit.*, *passim*.

sido enviada por error y, en cualquier caso, no puedo hacer uso de ella, pues mi intención es salir de aquí únicamente con mis colegas.<sup>257</sup>

Era el nieto de Malesherbes, defensor ejemplar y valeroso de Marie-Antoinette, quien hacía gala aquí de la orgullosa altivez de su estirpe aristocrática. Quizá esto mismo estuviera en el origen de su manifiesta incapacidad oratoria, como si la habitual audiencia de todo discurso fuera para él un conjunto fugaz de orejas distraídas, indolentes cuando no vulgares y superficiales siempre. No hay lugar para engañarse, puesto que él mismo sostenía que le achacaban por igual, prejuicios democráticos o aristocráticos, lo que era del todo erróneo. Decía que él había venido al mundo al final de una larga Revolución que, tras haber destruido el antiguo Estado, no había creado nada nuevo:

La aristocracia estaba ya muerta cuando he empezado a vivir y la democracia no existía todavía... Formando yo mismo parte de la antigua aristocracia y como esa aristocracia estaba destruida no tenía tampoco amor natural por ella, pues uno no se apega poderosamente más que a lo viviente. Estaba suficientemente cerca para conocerla bien y lo bastante lejos para juzgarla desapasionadamente. Otro tanto diría del elemento democrático. Ningún recuerdo de familia, ningún interés personal me daba una tendencia natural y necesaria, hacia la democracia. Pero, por mi parte, no había recibido ninguna injuria de ella, no tenía ningún motivo particular para amarla ni odiarla, *independientemente de los que me proporcionaba la razón*. En una palabra, estaba en tan buen equilibrio entre el pasado y el futuro que no me sentía, ni natural ni instintivamente, atraído hacia el uno o el otro y no he tenido necesidad de grandes esfuerzos para lanzar miradas tranquilas a los dos lados...

Tal era lo que decía, majestuoso, en una carta a Henry Reeve del 22 de marzo de 1837. Esa “necesidad objetiva” se decantará hacia la causa democrática, cuando sus *Recuerdos* iluminen unas jornadas preñadas de futuro, las de 1848, sin concesiones retóricas y sin buscar fáciles aplausos, que le eran tan antipáticos.

A lo largo de sus obras habían aparecido imperiosas e ineludibles objeciones morales a una democracia uniformante de los defectos e imperfecciones de la especie, incapaz de altos vuelos pero muy capaz de convertir el colectivo sueño libertario en una insoportable pesadilla, en

<sup>257</sup> Nolla, Eduardo, “Introducción” a *La democracia en América*, Madrid, 1989, p. XXVII.

la que los egoísmos, multiplicados incesantemente, asfixiarían toda originalidad proscribiéndola como cosa de excéntricos empeñados en singularizarse, infringiendo con ello el Código Regulador de la Sacrosanta Mediocridad Uniformante, que sólo es “democrática” en el más empobrecedor y más deplorable sentido de la expresión. Es Rousseau quien también habla desde el fondo de esta crítica<sup>258</sup> y a quien la reflexión de Tocqueville, anclada en la experiencia política personal de éste convalida, actualizando los hallazgos de *El Contrato*, el *Emilio* y el *Discurso sobre la desigualdad*, puestos en sordina temporalmente en razón del “pragmatismo” de siempre, vale decir de los intereses particulares de la clase política.

La política, genuina y auténtica, es la que induce, con un vigor cercano a lo compulsivo, al diálogo, forzando a los hombres a comunicarse, a verse, a tratarse:

El gran objetivo de los legisladores en las democracias debe ser *el de crear asuntos comunes*, que fuercen a los hombres a entrar en contacto los unos con los otros pues, ¿qué otra cosa es la sociedad para los seres que piensan sino la comunicación y el contacto de los espíritus y de los corazones? Ese movimiento y confrontación de ideas pueden quedar ahogados en *la apatía, el individualismo y la obsesión del bienestar*, que son habitualmente resultados no deseados aunque muy frecuentes de la democracia, cuando se olvida el principio de libertad en aras de la igualdad, de la igualdad “abstracta”, es decir de la igualdad formal, que rebota en desigualdad económica y, por ende social y, en consecuencia, también política, es decir, antidemocrática. La confesión profunda, que es como el broche antropológico del razonamiento anterior: “Amo la libertad por gusto, la igualdad por instinto y por razón...”

El gusto por la igualdad es siempre racional, mental. La libertad es en cambio una pasión, un sentimiento.<sup>259</sup>

Al llegar 1848, Tocqueville presenta su Informe a la Academia de Ciencias Políticas y Morales sobre un libro de Chervuliez acerca de la democracia suiza y, días después, en la Cámara, profético, advierte que “un viento de revolución que se levanta”, unos cuantos días antes del estallido; el 23 de febrero cae Guizot y el 27 abdica Luis Felipe; el 23 de abril es electo representante de La Manche a la Asamblea Constituyente

<sup>258</sup> Véase Carrillo Prieto, Ignacio, *La desigualdad social Rousseau: precusores y epígonos*, cit.

<sup>259</sup> Véase Nolla, *op. cit.*, pp. LXXX-LXXXIII.

y el 17 de mayo es designado para integrar la comisión de Constitución, encargada de preparar el proyecto. Después, vendrían “Las Jornadas de Junio”, Tocqueville sería hecho a un lado por Cavaignac. El 12 de septiembre toma partido y se declara contrario a la corriente que propugna “el derecho al trabajo”, el avance originalísimo de aquella revolución republicana.

El Tocqueville de los *Recuerdos*, antecede apenas unos cuantos años al de *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Son sus obras de madurez como intérprete o hermeneuta de la historia, es decir, no son historiografía dura y pura. Pero ofrecen, a cambio, lo visto por una inteligencia aguda y bien preparada asomándose sobre algunos hechos que se tienen como extraordinarios. El jurista y el sociólogo que en Tocqueville cohabitaban hicieron lugar al cronista y al filósofo de la historia en los últimos años de su corta vida.

Los ejemplos que tenía a la vista hubieran inhibido a alguien menos seguro de sí: Thiers, Michelet, Guizot, las cimas admirables que desde su altura eminente, habían hecho oír los veredictos históricos correspondientes. Era sumamente imprudente, para un viejo académico, meterse a corregirles la plana. Así que se propuso ser un poco menos “revolucionario” que Thiers y Michelet y un tanto más aristocrático” que el Guizot santón de la burguesía, ídolo de la medianía social quien, además, había sido un “extraviado” orleanista. ¿Llegaría a ofrecer él una nueva versión de esos acontecimientos mayores y fundantes? Era preciso ante todo mirarlos en el proceso de su fabricación, a lo largo de los ríos subterráneos del caudal histórico que aflora de vez en vez como grandes hechos memorables. Con ese método, Tocqueville abordó la nave de una historia traumática, pues las rupturas y heridas que hubieron de aparecer ante sus ojos sabía bien que todavía palpitaban en algunos corazones indispuestos a cambiar los antiguos rencores en fraternales abrazos, imposibles entre viejos protagonistas, heráticos.

Tocqueville emprendió un “canto de cisne” en los momentos que fueron los de la publicación de su última reflexión histórica: Los *Recuerdos de la Revolución de 1848* comenzó a redactarlos en 1850, pero su mala salud le obligaría al viaje a Sorrento en 1851 y a concluir ahí la segunda parte de sus “Souvenirs...” que, en realidad, preparaban un libro mayor, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, aparecido en 1856.

Se ha llegado a sostener que lo que Tocqueville quiso encontrar en el ciclo revolucionario 1848-1851 la redición de 1798-1799, fue una simi-

litud más percibida que real,<sup>260</sup> a pesar de las evidentes analogías, pues hubo terror en las jornadas de julio de 1848 y el surgimiento del Bonaparte menor hacia plausible y hasta obligatorio el parangón del que sin embargo, sólo podía resultar una forzosísima equiparación, prendida con alfileres, incluso contraproducente a la comprensión de la historia de hechos que a Tocqueville le cupo presenciar y en los que habría de encontrar su cenit y también un amargo nadir, con emprisonamiento en Vincennes que fue algo así como su ingreso en la leyenda y una última acometida, episodio postrero que le llevaría al panteón pero también al Pantheon, ingresado en la inmortalidad, esa eternidad francesa de tan corta duración y de tan modestos alcances.

*El Antiguo Régimen* (y los *Recuerdos* en otra distinta medida) son —dice Melorio—<sup>261</sup> un rumiar obsesivo de la historia contra la mediocridad y la infelicidad, una especie de “insurrección del alma”. Tocqueville se puso como modelo la obra de Montesquieu sobre la grandeza y decadencia de los romanos, una larga meditación antes que un relato lineal, recortando su objeto de estudio en vista a un pregunta previa. Interrogó a los sobrevivientes de las tormentas revolucionarias, consultó las fuentes escritas, los archivos notariales, los registros fiscales, los inventarios de fortuna, los de las indemnizaciones a los emigrados monárquicos y sus propios documentos familiares.

*El Antiguo Régimen y la Revolución* apareció en las librerías en 1856, con el enorme éxito que una nueva *historia conceptual* le aseguraba, distinguiendo lo universal de lo particular, el corto plazo y la larga duración. Su reluctancia a construir la historia a base de conceptos o ideas como la soberanía y el pueblo, le permitió, en cambio, describir la *larga serie de prácticas* “las del arte de dividir a los hombres para gobernarlos absolutamente”, que es un gran hallazgo de la obra que Foucault sabría proseguir sin aludirlo. El otro es la constatación de que el viejo régimen era ya una sociedad igualitaria, al menos en las clases sociales superiores, que anunciaba así al individualismo democrático emergente y al Estado de bienestar en embrión, tan amado por los franceses desde entonces.

El fracaso de 1852 le orilló al pesimismo: “los franceses sólo son constantes en su inconstancia”, lo que en su caso fue del todo incompatible,

<sup>260</sup> Melorio, Françoise, “Préface” a *L’Ancien Régime et la Révolution*, París, 1988, p. 14.

<sup>261</sup> *Ibidem*, p. 16.

pues gracias a su perseverante curiosidad intelectual alcanzó a alumbrar una de las grandes obras del pensamiento moderno.

A Tocqueville en ningún momento se le escapa la radical novedad histórica de 1848. Según él, Francia desde 1789 había vivido una sola revolución pero, en el fondo, ni se trataba de un proceso revolucionario tan innovador como a primera vista parecería (en buena parte sólo prolongaba tendencias preexistentes), ni la gran masa del pueblo francés había tenido, una vez pasados los periodos de agitación, gran protagonismo político (los sucesivos gobiernos y asambleas parlamentarias estaban compuestos fundamentalmente por burgueses e intelectuales).

Pues bien, ante 1848, reconoce inmediatamente que no se trata sólo de cambiar el régimen político o de renovar la clase política: *se trata, dice, de una revolución dirigida contra la organización actual de la sociedad y, además, provista de una visión del mundo radicalmente otra*. Dicho en otras palabras, Tocqueville percibe sin vacilación que *se trata de la primera revolución socialista* y es bien consciente de que, a partir de entonces, el socialismo será un componente fundamental de los movimientos revolucionarios.<sup>262</sup>

Los *Recuerdos* fueron escritos en el *chateâu* familiar, en Tocqueville, durante 1850,

momentáneamente alejado del teatro de las actividades públicas... reducido en medio de mi soledad a reflexionar por un instante a cerca de mí mismo o, más bien, a mirar a mi alrededor los acontecimientos contemporáneos en los que he sido actor o de los que he sido testigo... y grabar así en mi memoria, si me es posible, los rasgos confusos que forman la fisonomía indecisa de mi tiempo.

Advierte que su escrito no está destinado a la luz pública; no es una obra literaria, no es un cuadro para ser visto por ojos distintos a los suyos propios. Es más, debía permanecer en el más riguroso secreto.

Con el ensayo histórico, apoyado en el recuento de los hechos, pretende explorar “*los motivos secretos* que han impulsado a actuar”, sin extraviarse su relato en el laberinto de “pequeños incidentes, de pequeñas ideas, de pequeñas pasiones, de enfoques personales y de proyectos contradictorios en el que se agotaba la vida de los hombres públicos de entonces”. Con la revolución de 1830,

<sup>262</sup> Rodríguez Zúñiga, L., “Introducción” a *Recuerdos...*, Madrid, 1984, p. 57.

el espíritu propio de la clase media se convirtió en el espíritu general de la administración... Era un espíritu activo, industrioso, muchas veces deshonesto, ordenado, temerario por vanidad y egoísmo, tímido por temperamento, moderado en todo, excepto en el gusto por el bienestar... y mediocre: un espíritu que, mezclado con el del pueblo o con el de la aristocracia, puede obrar maravillas pero que, por sí solo, nunca producirá más que una gobernación sin valores y sin grandeza. Dueña de todo, como no lo había sido ni lo será acaso jamás ninguna aristocracia, la clase media a la que es preciso llamar *la clase gubernamental*, tras haberse acantonado en su poder e inmediatamente después en su egoísmo, *adquirió un aire de industria privada* en la que cada uno de sus miembros no pensaba ya en los asuntos públicos si no era para canalizarlos en beneficio de sus asuntos privados, olvidando fácilmente en su pequeño bienestar a las gentes del pueblo.<sup>263</sup>

Quedaban planteados los términos del conflicto social cuyo desarrollo llevará a la sublevación popular de 1848. Pero, ante todo, quedaba caracterizada la índole de la clase dominante y sus condicionantes morales, lo que ayudará para descifrar el sentido y el alcance de aquel general trastocamiento político-social. Dos veces, a lo largo del corto y espléndido párrafo, surge el término “*egoísmo*”, esa quintaesencia del individualismo burgués. Es en esta clave en la que discurrirá lo que sigue: la dolencia moral, la desertificación ética, la dimisión cristiana que están en la base de la pugna sin cuartel, recrudescida, en las jornadas de febrero.

Por otro lado, también Luis Felipe de Orleáns hizo lo suyo, contribuyendo al desastre. Tocqueville le reprochará ante todo su vulgaridad burguesa, algo muy distinto al orgullo aristocrático de aquel su ancestro, al hacerse llamar Felipe Igualdad durante la Gran Revolución. Desdeñoso, despacha al caracterizarlo despectivamente como alguien “de una extrema cortesía pero sin calidad ni grandeza, una cortesía de comerciante más que de príncipe”. Y con un dardo envenenado lo inmoviliza, lejos de la poca simpatía que le inspiró siempre: “conocía profundamente a los hombres, pero sólo por sus vicios”, sentencia que admite distintas e inquietantes lecturas, que acaso quiso provocar Tocqueville a fin de que cayeran sobre el heredero del odioso regicida demagógico y despreciable.

Luis Felipe, el antihéroe de esa historia del 48, fue un bicho extraño, descreído y escéptico, “un príncipe atractivo y singularmente peligró-

<sup>263</sup> Tocqueville, *Recuerdos de la Revolución de 1848*, traducción de Marcial Suárez, Madrid, 1989, p. 63.

so y corruptor”. Cuenta Tocqueville el último encuentro suyo con aquel monarca tan terrenal que, además, pretendía darle a él, ¡a él!, lecciones sobre América, denostando de pasada a Lord Palmerston, a sabiendas de la anglofilia del académico devenido diputado. Habló el rey sin interrumpirse durante largo rato, agradeciéndole al final a Tocqueville el placer de una conversación en la que éste apenas dijo cuatro palabras. Ya se entenderá que aquella entrevista no hizo sino empeorar la mala opinión que el escritor siempre tuvo del advenedizo; en el fondo, un usurpador lamentablemente adocenado, a pesar de las lises de sus blasones.

Otro síntoma, quizá más inquietante, era la falta de vida política propiamente dicha:

Como todos los asuntos se trataban entre los miembros de una sola clase, según sus intereses y sus puntos de vista, no podía encontrarse un campo de batalla donde pudieran hacerse la guerra los grandes partidos. Aquella singular homogeneidad de posiciones, de intereses y, por consiguiente, de enfoques, reinaba en lo que M. Guizot había llamado *el país legal*, quitaba a los debates parlamentarios toda originalidad y toda realidad y, por tanto, toda pasión verdadera.<sup>264</sup>

El país entero —dice inmejorablemente— “se aburriría”; se aburrían los oradores de sus discursos, se aburría el rey, el pueblo se aburría de todos ellos: reinaban la languidez, la impotencia, la inmovilidad, el tedio. Pero, en las profundidades, se agitaban nuevas fuerzas y se gestaban nuevas ideas que Tocqueville ya percibía entonces, arraigando en su espíritu la idea de que se encaminaba Francia hacia una nueva revolución, “ahondando en el estudio del mecanismo de las instituciones y del volumen de los menudos hechos cotidianos para considerar el estado de las costumbres y de las opiniones en el país”, que era el método idóneo para acertar con vaticinios.

Vale la pena releer su discurso del 27 de febrero de 1848, en la víspera exacta del estallido, pronunciado ante una Asamblea Nacional confundida cuando no cegada por sus propios éxitos, que creía definitivos e irreversibles:<sup>265</sup>

<sup>264</sup> *Ibidem*, p. 66.

<sup>265</sup> En Tocqueville, *Œuvres*, t. i. (édition publiée sous la direction d’André Jardin), Bibliothèque de La Pléiade, Paris, 1991, pp. 1125-1138 (la traducción al castellano es del autor del presente libro).

Señores —dijo entonces— no sé si me equivoco, pero me parece que el estado actual de cosas, el estado actual de la opinión, el estado de los espíritus de Francia, es alarmante y aflictivo. Por mi parte, declaro sinceramente a la Chambre que, por primera vez en quince años, experimento cierta zozobra ante el porvenir; lo que me comprueba que tengo la razón en ello es que esta impresión no es sólo particular mía: creo poder apelar a todos los que me escuchan y todos me dirán que, en los lugares que representan aquí, subsiste una impresión análoga; que un cierto malestar, cierta preocupación, ha invadido los espíritus y que, por primera vez desde hace dieciséis años, el sentimiento, el instinto de la inestabilidad, ese sentimiento precursor de las revoluciones, que a menudo las anuncia y que, a veces, las hace nacer, que dicho sentimiento existe en alto grado en el país.

Desecha al instante una previsible objeción, a saber, que ese estado del alma fuera transitorio y fugaz. No; la enfermedad se ha generalizado y ha profundizado en el organismo un padecimiento del espíritu público y de las costumbres sociales:

he ahí la enfermedad que es preciso erradicar, pero el gobierno no lo ha entendido así y sus acciones últimas no hacen sino agravarla. Si echamos —proponía Tocqueville— una mirada atenta sobre la clase gobernante, sobre aquella que tiene derechos políticos y en seguida miramos a la clase gobernada, la diferencia es lo que me asusta y me inquieta.

Lo que veía Tocqueville era la creciente preponderancia de los intereses privados frente a los públicos, la preminencia de lo individual egoísta respecto de lo colectivo y común, la predilección por el beneficio personal, aun a costa del general, que iba acompañado de una especie de moral vulgar y bajuna y de la depravación de las costumbres privadas. Lamentaba amargamente que la gloria francesa por haberle dado al mundo los principios regeneradores de las sociedades modernas hubiérase debilitado con el estado político que presenciaba ante sus ojos. Pero lo peor estaba no en la mala opinión del extranjero acerca de la política francesa, sino en lo que venía ocurriendo al interior de la nación, los efectos de esa decadencia

sobre las clases que no tienen en lo absoluto ningún derecho político y que políticamente ociosas en consecuencia, sólo son espectadores pasivos de la actividad cívica. ¿Cuál pensáis que sea el efecto, sobre ellas de tal espectáculo? Hay quienes dicen que no hay ningún peligro a la vista y que,

como no hay desórdenes materiales en la superficie, las revoluciones se encuentran lejos de aquí. Señores, permitidme deciros que estáis equivocados, pues no cabe duda de que el desorden, si no está en los hechos, sí lo está en los espíritus profundamente. Mirad lo que ocurre entre las clases obreras que hoy, lo reconozco, permanecen tranquilas. Es verdad que no están atormentadas por pasiones políticas propiamente dichas pero ¿es que no veis que eso se debe a que sus pasiones políticas han devenido en *pasiones sociales*? ¿No veis que se extienden, poco a poco entre ellas, ideas que aspiran no sólo a suprimir tales o cuales leyes, tal Ministerio, tal gobierno incluso, sino a la sociedad misma, a trastornarla por las bases sobre las que reposa hoy en día? ¿No escucháis lo que se dice todos los días en su seno? ¿No escucháis que se repite sin cesar, que todo lo que se encuentra por encima de ellas es incapaz e indigno de gobernarlas? ¿Que el actual reparto de los bienes del mundo es injusto? ¿Que la propiedad reposa sobre bases inequitativas? ¿Y no creéis que cuando tales opiniones arraigan, cuando se extienden de un modo general, cuando descienden profundamente entre las masas, deberán ocasionar, tarde o temprano, no sé cuándo y no se cómo, pero habrán de traer, temprano o tarde, las revoluciones más terribles?... Dormimos sobre un volcán, y de eso estoy profundamente convencido.

Ahora, permitidme buscar en pocas palabras y delante de vosotros, pero veraz y sinceramente, a los verdaderos autores, a los principales autores del mal que vengo de intentar describiros... Sé muy bien que los males de naturaleza tal como la que vengo de hablaros no provienen todos y pudiera ser que ni siquiera los principales, de actos gubernamentales. Sé muy bien que las largas revoluciones que han agitado y removido tan frecuentemente el suelo de este país, han debido dejar en las almas una singular inestabilidad; sé muy bien que han podido reunirse en las pasiones, en las excitaciones algunas causas, secundarias pero considerables, que pueden servir para explicar el fenómeno deplorable que os he hecho conocer hace un momento, pero tengo una muy alta idea del papel que juega el poder en este mundo como para no estar convencido que cuando se produce un gran mal social, un gran mal político, un gran mal moral, el poder no esté presente ahí y con mucho.

¿Qué ha hecho entonces el poder para producir el mal que vengo de describiros? ¿Qué ha hecho el poder para traer esta profunda perturbación en las costumbres públicas y en seguida en los hábitos privados? ¿Cómo ha contribuido a ello?

Creo, señores, que se puede, sin ofender a nadie, decir que el gobierno ha reunido, sobre todo en estos últimos años, derechos más grandes y una influencia mayor, prerrogativas más considerables y más numerosas que las

habidas en cualquier otra época. Hase vuelto infinitamente mayor que lo que pudieran haber imaginado no sólo quienes lo han otorgado, sino incluso quienes lo recibirían en 1830. Por otra parte, se puede afirmar que el principio de la libertad ha tenido menos desarrollo del que se esperaba entonces. No juzgo el acontecimiento, sino que busco su consecuencia. Si un resultado, tan singular, tan inesperado, si un giro tan inusual de las cosas humanas, ha desbaratado malas pasiones y frustrado esperanzas culpables. ¿No creéis que habiendo visto nobles sentimientos y esperanzas desinteresadas, que no han sido alcanzadas, muchos honestos corazones han experimentado una suerte de desilusión política, un derrumbamiento de las almas? Pero es sobre todo la manera con que este resultado, la manera torcida y hasta cierto punto subrepticia, se ha producido como se ha dado un golpe funesto a la moralidad pública. Reacomodando viejos poderes que se creían ya abolidos por la Revolución de Julio, reviviendo antiguos derechos que parecían anulados, poniendo en vigor antiguas leyes que se juzgaban ya abrogadas, aplicando leyes nuevas con un sentido distinto al que deberían obedecer a causa de todos medios desviados por esta sabia y paciente empresa, es como el gobierno ha retomado más acción, mayor actividad y más grande influencia que la que hubo en Francia en todo el tiempo anterior.

He aquí, señores, lo que el gobierno ha hecho, lo hecho particularmente por el actual Ministerio.

La Asamblea escuchaba, electrizada, al ilustre tribuno (que nunca se distinguió por sus dotes oratorias, ni contaba ente sus dones con esa elocuencia arrebatadora que Lamartine desplegaba también entonces).<sup>266</sup> Tocqueville proseguía, como oráculo inspirado, diciéndoles a sus pares que el peligro de la ruptura social estaba a la puerta y que ese *espectáculo*, desprovisto de *savoir faire*, y ofrecido durante muchos años sobre un teatro enorme y a toda la Nación que lo contemplaba, no podía sino empeorar las costumbres políticas. Algunos diputados, al otorgarle mayor atención que la que hubiera conseguido de ellos nunca antes, se revolían en sus asientos, interrumpiéndole con sonoras exclamaciones de desacuerdo y reprobación. Tocqueville, impertérrito e incommovible, continuaba implacable, como si todo su largo disgusto por la monarquía orleanista, nacida de las Tres Gloriosas Jornadas oscuras, hubiera desbordado al fin los diques de su ejercitada prudencia, que tenía más que ver la índole pacífica de su carácter que con estrategias personales y par-

<sup>266</sup> Véase *ut supra*.

lamentarias. Entonces no prestó ya oídos sino a su conciencia racional, puntillosamente objetiva. Las galerías se agitaban con sordos rumores, presagiando la tempestad que, en unas horas, vería alumbrar a la Segunda República.

Dijo entonces Tocqueville:

No quiero atribuir a mis adversarios motivos deshonestos que no podrían haber abrigado y que, al echar mano de los medios que ha condenado, no hayan creído que se trataba de un mal necesario y que la grandeza de los fines les ha ocultado la inmoralidad de los medios. Quisiera creer todo esto pero, ¿por ello esos medios dejarían de haber sido menos peligrosos? Creyeron que la revolución operada desde hace quince años en los derechos del poder era necesaria. Sea; y que no actuaron por un interés personal: quisiera creerlo. Pero no es menos cierto que los medios usados habían sido desacreditados por la moral pública y no es tampoco menos verdadero que han usado de los hombres, no el lado honesto sino su lado malo, sus pasiones y debilidades, sus intereses y, en ocasiones, sus vicios.

Entonces fue el acabose entre los alterados oyentes, pues alguien y algunos debían sentirse aludidos por esas últimas palabras, y muchos diputados no eran capaces de evitar externarlo y una barahúnda de exclamaciones se desplomó sobre la cabeza de Tocqueville, aunque los registros de la Asamblea sólo consignaran que, al concluir el párrafo mortal, hubo un “mouvement”. Sí, pero, ¡de qué tamaño! Remató magníficamente el normando:

Es así que, buscando alcanzar un fin tal vez honesto, han hecho cosas que no lo eran. Y para hacer esas cosas han debido llamar en su auxilio, haciendo honor a ese favor, introduciéndolos en su compañía diaria, a hombres que no buscaban fines honestos ni usaban honestos medios y que no deseaban otra cosa que la satisfacción grosera de sus intereses privados, ayudados del poder que se les había confiado, acordando así una suerte de premio a la inmoralidad y al vicio.

Era un retrato magistral, de cuerpo entero, de la clase política de Felipe (Luis Felipe, claro, y no aquel mexicano) y quienes ahí figuraban reaccionaron encolerizados y los que no indignados por su pasada incuria, al menos sordamente, que anunciaba una gran catástrofe, para todos indistintamente.

No quiero citar —prosiguió Tocqueville— sino un solo ejemplo para demostrar lo que digo y es el de ese ministro, cuyo nombre no recordaré, ante ustedes, llamado al seno del gabinete, cuando toda Francia y todos sus colegas sabían que era indigno de figurar ahí. Salió del mismo porque esta indignidad se había hecho demasiado notoria ¿para llegar adónde? ¡Al más alto sitio de la justicia!, del que debió descender pronto para venir a sentarse al banquillo de los acusados.

Se trataba del “affaire Teste”, ministro que lo fue de Obras Públicas con Guizot, acusado de haber dispuesto de un soborno de 100,000 francos a cambio de la concesión para explotar una mina de sal. Trató de suicidarse una vez empujado. También había sido jefe de policía en Lyon y... ¡Presidente de la Corte de Casación! (Los datos provienen de la edición crítica de A. Jardín para *La Pleiade* de Gallimard, ya citada.) No valía demorarse en el escándalo como si no fuera otra cosa que una anécdota:

*¡Y bien, señores!, en cuanto a mi parecer concierne, no veo el hecho como un hecho aislado; lo considero el síntoma de un mal generalizado, el rasgo más notorio de toda una política, pues al marchar por los caminos que habéis elegido teníais necesidad de tales hombres.*

Vendría a continuación la denuncia de “tráficos de influencia”, el modo en que la corrupción política había impregnado la vida del país, sin necesidad de intermediarios y no con ejemplos aislados, sino cotidiana y activamente.

*Los ministros han estado expuestos —dijo Tocqueville— a una tentación inmensa, incomparable con la de cualquier otra época o con la de ningún otro gobierno: en ningún otro lugar tuvo el poder entre sus manos tantos medios para corromper ni ante sí una clase política tan menguada y tan necesitada al mismo tiempo que la corrupción para ella fuera tan irresistible.*

Admito por lo tanto que no ha sido por el deseo premeditado de hacer vibrar en el corazón de los hombres solamente la cuerda del interés personal como los ministros han incurrido en este grande malestar; sé bien que han ido descendiendo a lo largo de una pendiente sobre la que es difícil detenerse: lo sé. Y por lo mismo, la única cosa que les reprocho es la de haberse colocado en dicha circunstancia, de ponerse en tal punto en que, para gobernar, tuvieran necesidad de interpelar, no las opiniones, los sentimientos y las ideas generales, sino los intereses particulares. Una vez emprendido ese camino y

no obstante el deseo de algunos de dar marcha atrás, una potencia fatal les impelía a seguir adelante y a llegar donde se encuentran ahora. Y para lograrlo no requerían sino vivir; les bastó con existir dieciocho años para hacer todo lo que les hemos visto hacer, usando los malos medios de gobierno de los que acabo de hablar y agotándolos del todo.

Otro pasado escándalo político y uno más llevaron a Tocqueville a interpelar, desde la tribuna al ministro de Asuntos Exteriores y aquello sí fue un pandemónium, pues el punto central era el de la tolerancia en la vida política, lesionada por atrabiliarias decisiones del alto funcionario, hostil a toda disidencia entre las filas de una diplomacia burocratizada y rutinaria a la que Tocqueville le reconocía, sin embargo, un enorme talento. Inmediatamente después, el noble historiador retomó la altura inicial de su requisitoria:

Cuando consigo investigar, en diferentes épocas y, entre distintos pueblos, *la causa eficiente de la ruina de las clases gobernantes*, veo acontecimientos, hombres y una u otra causa accidentales o superficiales; pero creedme cuando os digo que la causa real, *la causa eficiente que hace perder el poder a los hombres, es la indignidad para ejercerlo*.

De nuevo, la gritería rubricó los letales asertos del académico convertido en profeta bíblico, erigido en conciencia moral, severo censor envuelto en los ropajes de Plutarco y de Cicerón. Pronto vendrían los días en que Tocqueville conocerá en carne propia la ira del César, disminuido e innoble, pero igualmente ambicioso, idénticamente implacable, quien lo arrojará al fondo de la lóbrega mazmorra de Vincennes, a fin de doblegar su voluntad y silenciar su pluma, lo que no conseguirá de ningún modo.

Pensad, señores, en la antigua monarquía, que era más fuerte que vosotros, más fuerte por su origen, se apoyaba mejor que vosotros en antiguos usos, en viejas costumbres y en creencias ancestrales, más fuerte que vosotros y, sin embargo, cayó convertida en polvo. ¿Por qué se derrumbó? ¿Creéis que fue por un accidente en particular? ¿Pensáis que fueron los hechos de tal hombre, el déficit, el juramento del *Jeau de paume*, La Fayette, Mirabeau? No señores; *hubo una causa más profunda y esa causa fue que la clase que entonces gobernaba se había transformado, por su indiferencia, por su egoísmo, por sus vicios, en incapaz e indigna de gobernar. He ahí la verdadera causa...* ¿Es que no sentís, por una suerte de intuición instintiva, que no puedo analizar

en este momento, pero que ciertamente existe, que el suelo de Europa tiembla de nuevo? ¿Es que no olfateáis... que diría... como un viento de revolución que está en el aire? Ese viento no se sabe en dónde nace, de dónde viene, qué es lo que lo levanta; y ¿es en parejos tiempos que permanecéis pasivos en presencia de la degradación de las costumbres públicas? Hablo sin amargura y os hablo sin siquiera tener espíritu de partido; *ataco a hombres por los que no siento cólera alguna*, pero estoy obligado a decirle a mi país lo que constituye mi convicción más firme y profunda. ¡Y bien!, mi convicción, profunda y firme, es que las costumbres se degradan y que la degradación de las costumbres os llevará en corto tiempo, próximo quizá, a nuevas revoluciones. ¿Es que la vida de los reyes está tejida con hilos fuertes y más difíciles de trozar que los de otros hombres? ¿Tenéis en la hora en que nos hallamos, la certeza del mañana? ¿Sabéis lo que puede ocurrir en Francia de aquí a un año, a un mes, tal vez a un día? Lo ignoráis pero lo que sí sabéis es que la tempestad está ya en el horizonte, que viene hacia nosotros y ¿dejaréis de preveniros de ella?

Señores —concluía Tocqueville ante una atónita Asamblea, ya muy encrespada— os suplico hacerlo; *no os lo demando, os lo suplico y de buena gana me arrodillaría ante vosotros*, pues tanto creo en el peligro serio y real, y señalarlo no equivale a recurrir a una vana forma retórica. ¡Sí, el peligro es grande! ¡conjuradlo a tiempo, corregid el mal por medios eficaces, no atacando los síntomas sino el mal mismo. Se habla de cambios legislativos. Estoy muy dispuesto a creer que son no sólo útiles sino necesarios y creo, en consecuencia, en la utilidad de la reforma electoral; *pero no soy tan insensato señores, como para no saber que no son las leyes por ellas mismas las que hacen el destino de los pueblos; no, no es el mecanismo de las leyes el que produce los grandes acontecimientos de este mundo, señores, lo que los hace, señores, es el espíritu mismo del gobierno*. Conservad las leyes si queréis; aunque yo piense que cometeríais un gran error al hacerlo, conservad incluso a los hombres si eso os place pero, ¡por Dios!, *cambiad el espíritu del gobierno porque, os lo repito, dicho espíritu nos conducirá al abismo*.

La izquierda aprobó vivamente el discurso premonitorio. En las horas siguientes quedarían confirmadas las peores sospechas.<sup>267</sup>

En sus *Recuerdos*, Tocqueville, al referirse a este episodio y a los siguientes e inmediatos acontecimientos sin falsa modestia, dejó dicho:

No, yo no esperaba una revolución como la que íbamos a ver ¿Y quién habría podido esperarla? Creo que *yo percibía más claramente* que cualquier otro,

<sup>267</sup> Tocqueville, *op. cit.*, p. 73.

que *las causas generales* empujaban a la Monarquía de Julio, por la pendiente, hacia su ruina. *Lo que no veía eran los accidentes que iban a precipitarla en ella.*<sup>268</sup>

Los acontecimientos “accidentales” son de sobra conocidos y, aunque hoy pudiera parecer risibles, ellos fueron desencadenados por una prohibición nutricional, es decir la de... “banquetes políticos”, entonces muy de moda, pero también muy incorrectos, políticamente hablando. Tocqueville calificó esos hechos previos de “agitación”, “la agitación de los banquetes” que, pensándolo bien, era una forma muy civilizada de “agitación”. Refiere Tocqueville además, el insólito acuerdo, “la íntima unión” entre Thiers y Barrot, es decir de la izquierda y el centro izquierda. Sus integrantes, “espíritus rígidos e indóciles habían sido ablandados, distendidos y plegados con las promesas de cargos que M. Thiers había prodigado”.

Thiers había dejado hacer a Barrot prosélitos para su propia causa y dichos compromisos podían reclutarse en los “banquetes políticos”. Tocqueville reprochaba:

*Por primera vez desde hace dieciocho años os decidís hablar al pueblo y buscáis vuestro punto de apoyo fuera de la clase media. Si no conseguís agitar al pueblo (lo que me parece el resultado más probable) os volveréis más odiosos de lo que ya sois a los ojos de los que gobiernan y de la clase media que, en su mayoría, los apoya y afirmareis así la administración que pretendéis derribar; si por el contrario, conseguís agitar al pueblo, no podéis prever en mayor medida que yo, a dónde habrá de conducirnos una agitación de esa especie.*<sup>269</sup>

La izquierda entró en pánico por el éxito de los banquetes y decidió suspender los programados en París después de la convocatoria de las cámaras. El banquete que encendió la chispa “se decidió seguramente a pesar de ellos”,<sup>270</sup> pero “por vanidad” decidieron asimismo comprometerse con el acto.

Relata Tocqueville que dos días antes de la Revolución de Febrero y encontrándose en el gran baile de la residencia del embajador de Turquía,

<sup>268</sup> Hasta donde nuestro conocimiento alcanza, ésta es la primera y única traducción española del discurso íntegro.

<sup>269</sup> Tocqueville, *op. cit.*, p. 75.

<sup>270</sup> *Idem.*

al distinguir a Duvergier de Hauranne entre la concurrencia se dirigió a él diciéndole: “Ánimo mi amigo querido, jugáis una partida peligrosa”, a lo que el parlamentario repuso: “Estad seguro que todo esto acabará bien. Además, siempre hay que arriesgar algo”. Ya se ve que lo suyo no habría sido nunca acertar en pronósticos del “clima” político. De pasada, Tocqueville propinaba un coscorrón a los “doctrinarios”<sup>271</sup> cuando dice que Duvergier era “erudito desinteresado, ardiente, atrabiliario, vengativo, perteneciente a esa especie sabia y sectaria que hace política por imitación extranjera y por reminiscencia histórica, que encierra su pensamiento en una sola idea, hasta quemarse y cegarse en ella”. También narra que, gracias a las buenas relaciones que le unían con el ministro del Interior, Duchâtel, a pesar de su oposición sistemática al gobierno y en virtud de los trabajos penitenciarios de Tocqueville que se habían aproximado el uno al otro.<sup>272</sup> Duchâtel era, por así decirlo, el reverso de la moneda, pues al contrario de Duvergier de Hauranne,

era tan elegante en su persona y en sus maneras como el otro era enteco, esquinado y, a veces, agrio y cortante. Tenía aquel tanto escepticismo como éste convicciones fervientes: espíritu muy dúctil, muy libre, muy sutil, encerrado en un cuerpo voluminoso, comprendía admirablemente los asuntos y hablaba de ellos con altura; conocía bien la gran fuerza de las malas pasiones humanas y, sobre todo, las malas pasiones de su partido y sabía utilizarla siempre oportunamente, sin prejuicios, sin rencores, de una espontaneidad cálida, fácil, siempre dispuesto a hacer favores cuando su interés no se oponía a ello; lleno de desprecio y de benevolencia por sus semejantes, un hombre, en fin, al que no se podía estimar ni odiar.<sup>273</sup>

Tocqueville le propuso dar una salida honorable al conflicto, retrocediendo todos por igual en sus pretensiones. Pero Duchâtel estimaba que las cosas habían ido demasiado lejos, así que toda transacción ya era imposible, más cuando el gobierno estaba seguro de su victoria. También se acuerda Tocqueville que la esposa de Lamartine, al visitar a la de él, manifestó “tal inflamación de espíritu, tal perturbación debida a ideas siniestras” que su mujer quedó impresionadísima, todo esto a unas cuantas horas de la explosión popular.

<sup>271</sup> Véase *ut supra*.

<sup>272</sup> Véase Carrillo Prieto, Ignacio, *Arcana Imperii. Apuntes sobre la tortura, cit.*, pp. 71-80.

<sup>273</sup> Tocqueville, *op. cit.*, p. 77.

Luis Felipe había, asimismo, alimentado la voraz hoguera cuando, en su discurso de la apertura legislativa, “el discurso de la Corona”, se refirió a los autores de los banquetes como “*animados de pasiones ciegas o enemigas*”, descalificación que ofendía a más de un ciento de diputados. Aquel insulto —sostiene Tocqueville— acabó por “hacerlos perder la razón”. Las primeras discusiones de la alocución real fueron tranquilas... Pero la pasión estalló al fin y lo hizo con una violencia inaudita. El fuego extraordinario de aquellos debates olía ya a guerra civil para quien supiese olfatear las revoluciones. El tema de la prohibición, de la mutilación de la libertad de reunión como derecho inalienable, ocupó el centro del escenario y, al reclamar su intangibilidad, en realidad se hacía un llamado a las armas en la sede misma del poder político.

Duchâtel, como si todo esto fuera poco, decepcionó a la Asamblea, conduciéndose con torpeza consumada rarísima en él, retando a la oposición a proseguir “con su aventura”, es decir, con el banquete aquel y llevar así el asunto ante los tribunales. El ministro de Justicia, M. Hébert, fue más torpe aún, “pero esa era su costumbre”, afirma Tocqueville desdenosamente, “pues he observado que los magistrados nunca son capaces de convertirse en políticos” (lo que no se sabe si es de agradecer o deplorar). Hébert era procurador

hasta la medula de los huesos, con su carita estrecha, flaca, ladina, comprimida hacia los parietales (como el fruto del senatorial papayo actual). Una frente, una nariz y un mentón puntiagudos, unos ojos secos y vivos, unos labios sumidos y delgados... el retrato de uno de los hombres más parecidos a un animal carnívoros que yo haya visto nunca.<sup>274</sup>

Pero —añade— no era tonto, ni siquiera malo: era un espíritu rígido, sin fisuras, que caía en la violencia sin quererlo, “*por la ignorancia de los matices*”. Luego viene su impresión de la estrategia gubernamental: “muy poco —dice— tenía que importar la conciliación a M. Guizot para enviar a la tribuna a tal orador en aquellas circunstancias”. Barrot, fuera de sí, le reclamó su estupidez y ceguera. Tocqueville se estremeció al oírle. Todos, casi todos, con excepción de él mismo y de unos cuantos más, habían contribuido a una ruptura que adoptaría trágicas proporciones. El partido radical asumió el liderazgo del movimiento, “*pues en una asam-*

<sup>274</sup> *Ibidem*, p. 79.

*blea política los que quieren a la vez el medio y el fin acaban siempre, a la larga, imponiéndose a los que quieren el uno sin el otro*<sup>275</sup>

Un orden del día fue impuesto por los acontecimientos camerales: el programa del banquete y la acusación a los ministros. Pero el fondo de aquel galimatías, no era sino la revolución, es decir, la continuación de la inconclusa de 1789.

El 20 de febrero apareció en casi todos los periódicos de la oposición, bajo el título de Programa del Próximo Banquete, una verdadera proclama que convocaba a toda la población a una inmensa manifestación política y que invitaba a las escuelas y a la propia Guardia Nacional a unirse corporativamente a la ceremonia... El Ministerio, que ya era censurado por una parte de los suyos por haber permitido, tácitamente, el banquete, se creyó autorizado, desde aquel momento, a retractarse. Anunció oficialmente que lo prohibía y que lo impediría por la fuerza... *Fue aquella declaración del poder la que proporcionó el campo para la lucha.* Puedo afirmar, aunque la cosa parezca increíble, que el programa que hizo cambiar el banquete en insurrección fue *compuesto, discutido y publicado sin la participación y sin conocimiento de los parlamentarios, que aún creían dirigir el movimiento que ellos habían iniciado. Aquel programa fue la obra nocturna y precipitada de una reunión de periodistas radicales y los jefes de la oposición.*

Esto explicaría, en parte, la tenaz resistencia de Tocqueville a la publicación de sus *Souvenirs*, ya que hay en éstos un reproche indudable a la defección de la clase política —a la que él, a querer o no, pertenecía— ante los hechos que se impusieron a unos líderes que, a todas luces, ya habían dejado de serlo.

M. Barrot, al encontrarse ante la guerra civil, retrocedió. Renunció incluso a aquella manifestación peligrosa pero, al mismo tiempo que hacia aquella concesión a las opiniones moderadas, concedía a los extremistas el enjuiciamiento de los ministros. Acusaba a éstos de haber violado la Constitución al prohibir el banquete, proporcionando así una excusa a los que se disponían a tomar las armas en nombre de la Constitución violada... Los principales jefes del partido radical, que creían que una revolución era prematura... se dedicaron a pronunciar discursos y a soplar el fuego de las pasiones insurreccionales... La oposición dinástica... se había visto obligada a seguir por aquel mal camino para que no pareciese que retrocedía ante los desafíos del poder. Y

<sup>275</sup> *Ibidem*, p. 80.

por último, la masa de los conservadores... se vio forzada, por las violencias de sus adversarios y por las pasiones de algunos de sus jefes, a negar hasta el derecho de reunión en banquetes privados y a rehusar al país hasta la esperanza de reforma alguna.<sup>276</sup>

Estaban reunidos de este modo los ingredientes necesarios y suficientes para el estallido: estaba ahí la imprevisión social, la obstinación ideológica, la torpeza política, el hartazgo popular y los aventureros y oportunistas de siempre; estaba el cálculo de algunos cuantos, la desaprensiva conducta de muchos, la discordia enquistada que destruiría al final a todos y el azar, que fue disponiendo el desarrollo de los acontecimientos, sin pedirle permiso a nadie. Los intereses reales, económicos y sociales, que se agitaban en el fondo de aquel estanque equívoco aflorarían en breve, disolviendo las esperanzas liberadoras, en el caldo de cultivo de una violencia hasta entonces desconocida.

Por lo mismo, la reflexión de Tocqueville, no hace sino confirmarle que

hay que vivir mucho tiempo en medio de los partidos y dentro del torbellino mismo en que ellos se mueven para comprender hasta qué punto los hombres se empujan mutuamente más allá de sus propios designios y cómo el destino de este mundo marcha por efecto —pero muchas veces a contrapelo— de los deseos de todos los que forjan, como cometa que se lleva por la acción contraria del viento y la cuerda.

Al encarar los hechos de aquellos históricos días nos sorprende su opinión de que “son los mozuelos de París los que, por lo general, emprenden las insurrecciones y suelen hacerlo alegremente, como escolares que se van de vacaciones”. Ciento veinte años después esta *inventerada consuetudo* quedaría confirmada y embellecida en la Primavera del 68, tan desdeñada pro los “revolucionarios profesionales” conspiradores que solamente lo hacen cuando “hay condiciones” para que la revuelta los exalte hasta la cima del poder en una conjunción de objetividad y subjetividad, siempre huidiza y engañosa. De ahí que, como el pueblo de Israel, vivían esperando un improbable advenimiento durante toda su vida.

Lo que escandalosamente revelan los *Recuerdos* es el fondo, a veces trivial pero siempre de calidad inferior, al propósito y al programa ge-

<sup>276</sup> *Idem.*

neral al que, después, se le adjudican a las sublevaciones exitosas, que, en realidad y en último análisis, fueron movidas inicialmente por causas modestas y puntuales, muy distintas de la heroica grandilocuencia que los evangelistas oficiales de la Revolución se empeñan en enjaretarle a todos los protestatarios que en el mundo han sido.

El agudo observador Tocqueville descubrió, gracias a los espasmos faciales de Duchâtel en la Asamblea, durante la mañana del 22 de febrero que, al contrario de lo que aquel ministro aseguraba, todo se encaminaba al desastre. Ya había noticia en la Asamblea de muertos y heridos de esa jornada y a Tocqueville le costó trabajo llegar hasta la casa de M. Paulmier, diputado por Calvados, pues las tropas iban ocupando gradualmente las calles. No podía ya nadie engañarse sobre la gravedad de la situación. Al llegar al lugar de la *soirée*, Tocqueville encontró una gran conmoción y a Mme. Paulmier escondida en su lecho, asustada por los tiros de las escaramuzas que atronaban la calle bajo sus ventanas. La cena fue un fracaso absoluto, pues sólo pudo reunir a cinco de los veinte comensales invitados, quienes “con aire muy meditativo” se sentaron a una mesa desierta, “en medio de aquella abundancia inútil”, reflexión muy francesa por cierto. Ahí, Tocqueville escuchó de boca de Sallandrouze (el de las alfombras exquisitas con las que había levantado su inmensa fortuna) que Girardin, el periodista, le había dicho que “en el término de dos días todo habría acabado y que la Monarquía de Julio no existiría ya para entonces”. Al día siguiente, escuadrones de coraceros rodeaban el Palais Bourbon y la Asamblea deliberaba apasionadamente entre las bayonetas.

“La Asamblea no tuvo valor para representar la misma comedia parlamentaria de la víspera y suspendió sus trabajos”.<sup>277</sup> Guizot apareció a las puertas del recinto a las tres de la tarde, “con paso firme y aire altivo”. Lacónico, anunció que el rey había llamado a Molé para formar un nuevo gobierno. A la estupefacción que siguió al anuncio la acompañaron en seguida los vítores de la oposición. “Sólo sus jefes siguen silenciosos, dedicados a contemplar interiormente el empleo que van a hacer del triunfo y cuidando ya de no ofender a una mayoría de la que tal vez muy pronto iban a tener que servirse”. Algunos externan su ocurrencia de ir a las Tullerías y obligar al rey a revocar “una resolución tan funesta”. Dice Tocqueville que este último despropósito dejaba ver cuánto temían los inconformes la desprotección de sus intereses privados.

<sup>277</sup> *Ibidem*, p. 84.

*“Desde mi banco yo veía aquella masa ondulante, percibía cómo la sorpresa, la cólera, el miedo, la codicia perturbada antes de haberse saciado, mezclaban sus diferentes rasgos en aquellos legisladores como una jauría a la que, a medio comer, se aparta del encarne”*. La analogía no podía ser ni más exacta ni más cruel y despectiva. Esa codicia, concluye, *“es el grande y permanente achaque democrático de nuestra sociedad civil y de la centralización excesiva de nuestra administración, es el secreto mal que ha corroído todos los antiguos poderes y que corroerá también todos los nuevos”*. Luis Felipe, “que de todos los hombres era el que menos cambiaba de idea pero el que más fácilmente cambiaba de conducta”, despachó a Guizot y los suyos en dos minutos, sin ceremonia ni frases de gratitud para ese gobierno que, durante ocho años, lo había resguardado lealmente.

El cambio de gobierno —dice Tocqueville con sorna y desencanto a la vez— hizo olvidar momentáneamente a la revolución apenas naciente.

Después de dispersada la Asamblea, Tocqueville se dirigió a casa del gran amigo Beaumont, con quien había realizado muchos años antes su trascendental viaje a los Estados Unidos, valido de un artificioso pretexto de índole criminológica. Ahí encontró muy felices a todos y, con la confianza del amigo, les hizo ver que no había nada de qué alegrarse, pues la Guardia Nacional era quien, en realidad, había derribado al viejo gobierno y que el nuevo tendría que contar con ella para poder desenvolverse. “No se ha derribado a un gobierno; es el poder mismo el que yace por los suelos”. Beaumont entonces le reprochó su negra visión de las cosas, inventándole a gozar de la victoria y a no preocuparse, sino hasta después, por sus consecuencias.

*El movimiento que se imprimía a la máquina política me parecía demasiado violento para que el poder hubiera de detenerse en los partidos intermedios, a los que yo pertenecía y, en mi opinión, acabaría cayendo muy pronto en unas manos que entonces me resultaban casi tan hostiles como las propias manos a las que les era arrebatado ahora.*

La jornada del 23 de febrero la cerró Tocqueville con la tesis célebre que no gozó nunca de buena fortuna en la izquierda ni tampoco, aunque por otras distintas razones, en la derecha: “Las revoluciones *nacen espontáneamente* de una enfermedad general de los espíritus llevada, de

pronto, al estado de crisis por una circunstancia fortuita que nadie ha previsto”.<sup>278</sup>

Al rumor insistente de que el gobierno masacraba al pueblo, Tocqueville le opuso su irrecusable testimonio: “Yo conocía bien los vicios del gobierno de Julio para saber que la crueldad no se encontraba entre ellos. *Consideraba que era un gobierno de los más corruptores, pero también uno de los menos sanguinarios que jamás hubieran existido...* Los rumores contribuyen a que las revoluciones avancen”.

Llegó el acontecimiento central y Tocqueville supo, por M. Corcelles, del tiroteo del bulevar de los Capuchinos,

del rápido desarrollo de la insurrección cuya causa o cuyo pretexto había sido aquel acto de violencia inútil, de la negativa de M. Molé a hacerse cargo del gobierno en aquellas circunstancias y, por último, de la llamada a Palacio de los señores Thiers, Barrot y de sus amigos, encargados definitivamente de formar un gabinete...<sup>279</sup>

A lo largo de ese día crucial

no se veía a casi nadie y no se oía ni el menor ruido de voz humana, pero todas las garitas que se levantan a lo largo de aquella amplia avenida parecían agitarse, tambalearse sobre sus bases y, de cuando en cuando, alguna de ellas caía ruidosamente, mientras los grandes árboles de las orillas se abatían sobre la calzada, como si se derrumbasen por sí mismos. Aquellos actos de destrucción eran obra de hombres aislados, que los realizaban silenciosamente, diligentemente y de prisa, preparando así los materiales de las barricadas que otros habrían de levantar... Yo no sé si alguno de los espectáculos de que fui testigo en el curso de la jornada me causó tanta impresión como aquella soledad en la que, por así decirlo, veíamos agitarse las pasiones humanas peores sin que se manifestasen las buenas... *Le dije a Lujenais: créame que, esta vez ya no es un motín: es una revolución.*<sup>280</sup>

También refiere de aquel día una cuestión técnica:

las barricadas eran construidas con arte por un pequeño número de hombres, que trabajaban diligentemente, no como culpables apremiados por el temor

<sup>278</sup> *Ibidem*, p. 88.

<sup>279</sup> *Ibidem*, p. 90.

<sup>280</sup> *Ibidem*, p. 91.

de ser sorprendidos en flagrante delito, sino como buenos obreros que quieren realizar su tarea, pronto y bien. El público les miraba tranquilamente, sin desaprobador y sin prestar ayuda... Esta vez no se derribaba al gobierno: se le dejaba caer.

Le escandalizó hasta lo indecible la consigna que corría en las calles: “si la culpa es del gobierno, que él cargue con el peligro”. Aquel juicio provenía de la clase media, “cuyas apetencias todas se acariciaban desde hacia dieciocho años: la corriente de la opinión pública había acabado arrastrándola y la lanzaba contra los que la habían halagado hasta corromperla”.<sup>281</sup> “Un gobierno —añadió— se equivoca siempre al tomar como punto de apoyo únicamente los intereses exclusivos y las pasiones egoístas de una sola clase social”.

Hace una observación interesante acerca de la habitualmente conflictiva relación entre la población civil y el ejército: al encontrar a un antiguo amigo, el teniente general Bedeau recién desembarcado de Argelia,

se dio cuenta de su turbación. Apenas me vio, Bedeau saltó de su caballo, vino hacia mí y me estrechó la mano de un modo que me reveló inmediatamente la agitación de su espíritu. Y su conversación me lo demostró mejor aún. No me extrañó, porque siempre he observado que los hombres que más fácilmente pierden la cabeza y se muestran, por lo general, más débiles en los tiempos de revoluciones, son los hombres de guerra: habituados a encontrar ante ellos una fuerza organizada y en sus manos una fuerza obediente, se desconciertan con facilidad ante los gritos desordenados de la multitud compuesta por ciudadanos, inofensivos e inermes y ante la vacilación, a veces con la connivencia de sus propios soldados.

¡Cuántos desastres y matanzas se hubieran evitado en todos lados de haber asumido esa condición que hace a los ejércitos instrumentos inidóneos para contender con los estallidos sociales para jugar el desangelado papel de policía del orden: todos salen perdiendo con su inclusión en operaciones políticas en cuya adopción no tienen voz ni voto. Son llamados para que los gobiernos saquen la castaña de sus torpes errores con la mano del gato, bélico pero dócil, pagando la milicia con su prestigio de cuerpo disciplinado y a veces heroico los platos rotos por civiles ineptos inescrupulosos y, en ocasiones, criminales. (Es el caso

<sup>281</sup> *Ibidem*, p. 94.

mexicano ayer y hoy fueran cuales hayan sido las “cuestiones de hecho” que pudieran aducirse, pues la “cuestión de derecho” descarta los sofismas de burócratas aficionados a un juego de guerra, irresponsable y contraproducente.)

Bajo un cielo plomizo y en la helada atmosfera de aquel febrero, Tocqueville iba y venía violento de un punto a otro de la ciudad “vuelta patas pa’riba” gracias al “genio particular de las revoluciones, que consiste principalmente en no ordenar las propias acciones más que según los hechos y en saber desobedecer oportunamente”.

En los Campos Elíseos, Tocqueville y el militar, su amigo, iban a constatarlo:

A través de una primera línea de gentes boquiabiertas, vi muy claramente que la introducían unos hombres de aspecto inquietante, mientras me llegaba el sordo murmullo en las profundidades de la multitud de estas palabras peligrosas: ¡es Bugeaud! Entonces me incliné hacia el general y le dije en voz muy baja: tengo más experiencia de los movimientos populares que usted. Créame, vuelva y monte inmediatamente, porque, si se queda aquí, le matarán o le cogerán prisionero antes de cinco minutos. Me creyó, e hizo bien. Aquellos mismos hombres a los que él se había propuesto convencer con su arenga dieron muerte, pocos momentos después, al cuerpo de guardia de la calle de los Campos Elíseos y a mí mismo me costó algún trabajo abrirme paso entre ellos. Uno de aquellos hombres, pequeño y gordo, que parecía pertenecer a las categorías secundarias de la industria, (¿obrero, capataz, jefe de taller?) me preguntó a dónde iba; le contesté: a la Cámara y, añadí, para demostrarle que era de la oposición: ¡Viva la reforma! ¿Sabe usted que el gobierno Guizot ha sido derribado? Sí señor, lo sé —me respondió aquel hombre en un tono burlón—, mostrándome las Tullerías —añadió— pero nosotros queremos algo más que eso.<sup>282</sup>

Tocqueville acababa de presenciar homicidios por linchamiento de una multitud rabiosa, no enardecida aún, lo que ocurriría en unas cuantas horas más adelante. No obstante, la fuerte impresión recibida y cual reportero o corresponsal de guerra sin camuflaje, prosiguió su recorrido sin amilanarse lo que ya era riesgoso y que cumplía como si de una obligación ineludible se tratara y sin importarle el creciente peligro al que se exponía. Ya sabía, además, que el trofeo de que se aspiraba era el de la

<sup>282</sup> *Ibidem*, pp. 96 y 97.

mismísima cabeza de Luis Felipe de Orleáns, rey de los franceses sólo por unas cuantas horas más. El abismo se abría ante los pies dolidos por el trote callejero incansable de aquel grandísimo imprudente, el diputado Tocqueville.

Al llegar a la Asamblea, lo que encontró fue una multitud sin orden ni concierto, que nadie encabezaba y a la que nadie ordenaba. Reinaba la más completa confusión. Sauzet, el pintoresco presidente de aquella célebre corporación, contribuyó con su indecisión y cortas luces al derrocamiento inminente. Los vencedores del desenlace político, Barrot y Beaumont, cruzaron La Concorde con un aire fatigado, paradójico en triunfadores absolutos como lo eran aquellos dos. Al encontrarse Beaumont con Tocqueville le dijo a éste que el rey había abdicado en su presencia, dándose a la fuga. El político, visiblemente abrumado por los acontecimientos, no quiso escuchar el consejo del diputado a fin de proteger la Cámara, reducida ya a la impotencia. Tocqueville veía el asunto con perspicacia, pues la Cámara era, además, un símbolo a resguardar:

Precisamente es en tiempos de revolución cuando los menores órganos de derecho y más aún, incluso los simples objetos exteriores que recuerdan al espíritu del pueblo la idea de la ley, adquieren su máxima importancia, porque es principalmente en medio de esa anarquía y de esa perturbación universales cuando siente la necesidad de asirse, por un momento, incluso al menor simulacro de traición o a los arrestos de la autoridad, para salvar lo que aún quede de una Constitución medio destruida, o para acabar de hacerla desaparecer.<sup>283</sup>

Llegó, con los nuevos dueños del poder momentáneo, al Ministerio del Interior y una turbamulta los siguió hasta ahí, una mezcla de partidarios de los distintos colores políticos que no aceptaba abandonar el palacio ministerial y que se agitaba entre los gritos y puñetazos que surgían de todos lados.

Preocupado y presa de las más funestas ideas, abandonó Tocqueville aquellos salones para regresar a la Cámara, en donde ya estaba la duquesa de Orleáns haciendo la última lucha por la supervivencia de la monarquía en la persona de su hijo. La duquesa, vestida de luto, pálida pero dueña de sí, estaba sentada junto al niño primogénito, el conde de París, impasiblemente principesco, flanqueado por el duque de Nemours, “fríamente dispuesto a una muerte digna llegada la ocasión” pero lo que más vivamente

<sup>283</sup> *Ibidem*, p. 100.

impresionó el ánimo de Tocqueville fuer la ensordecedora gritería que le llegaba hasta su banco alto del centro izquierda del recinto.

Aprovechó el marco para regalar un consejo práctico: “Siempre he tenido por norma que, en los momentos de crisis, no sólo hay que estar presente en la Asamblea de la que se forma parte, sino que es preciso mantenerse en el sitio donde habitualmente se os ve”.

Dupin, obligado a subir a la tribuna, propuso la regencia de la duquesa de Orleans mientras la gente se filtraba por goteo al salón de sesiones, proletarios incluidos, también armados aunque todavía no fueran muchos estos últimos. Tocqueville comprendió que era preciso buscar entre los presentes al “hombre de la situación”, la personalidad capaz de encauzar el torrente popular, evitando su desbordamiento total. Y encontró a Lamartine, que era un ídolo popular porque su literatura —decía socarronamente— “era de un género adecuado al gusto del pueblo”. Se dirigió a él en los siguientes términos: “Nos hundimos. En este momento supremo, sólo usted puede hacerse escuchar. Suba a la tribuna y hable”. Lo describió como lo vio en ese instante histórico: “su alta estatura, derecha y esbelta, sus ojos vueltos hacia el Hemiciclo, su mirada fija y vacía, absorbo en una contemplación interior más que en la visión de lo que ocurría a su alrededor”. Para asombro de Tocqueville, Lamartine le espetó, señalando a la duquesa y al príncipe: “Yo no hablaré mientras estén ahí esa mujer y ese niño”. Desesperado, Tocqueville buscó infructuosamente un consejo, una alternativa: no la halló ni ya nadie era capaz de armarle una salida a la crisis, hasta que Barrot acertó al proponer: “Nuestro deber está trazado. La corona de Julio reposa sobre la cabeza de un niño y una mujer”. La Cámara estalló en aclamaciones. Ocurrió entonces, en cuestión de segundos, el tropiezo y el desencanto: la duquesa de Orleans se incorporó para hablar pero vaciló y no consiguió decir nada, volviendo a su asiento. En esos instantes, el goteo de ciudadanos hacia el interior se convirtió en un torrente de hombres armados, acompañados de guardias nacionales ondeando banderas desde la tribuna y profiriendo todos consignas revolucionarias.

La tribuna era la presa que todos pretendían coger antes que los contrincantes lo hicieran. Por eso se convirtió en algo así como un cuadrilátero violento: ahí estaban Cremieux, Ledru-Rollin y Lamartine, disputándose el uso de la palabra. Había necesidad de agarrarse a los barandales de aquel púlpito si se quería evitar ser expulsado violentamente de él.

Lamartine consigue hacerse oír; desde la galería para el público un hombre apuntaba contra el orador su fusil, mientras otros, desde ahí también, dirigían sus armas hacia los diputados del hemiciclo.

Lamartine elogió el valor personal de la duquesa y se ganó a la audiencia con el caballeroso homenaje. El desorden ya era incontenible y el episodio entero aparece retrospectivamente al autor de los *Recuerdos* difuso y falso en su intento de parodiar las jornadas y gestos de 1789, farsa alimentada, entre otras causas, por *Los girondinos*, esa “novela histórica” del propio Lamartine y que tanto éxito había alcanzado apenas hacía unos meses. No se sabe de ninguna otra rebelión que haya encontrada inspiración en las “belles lettres”, tal y como ocurrió con el de febrero de 1848.

“Siempre me parecía que de lo que se trataba era de *representar la Revolución Francesa, más que de continuarla*”,<sup>284</sup> decía Tocqueville al recordar esas escenas teatrales, “cuando los odios no habían tenido tiempo de nacer”. Poco después causaría la discordia graves daños, muertos y proscripciones y el desgarramiento social: el Segundo Imperio asomaba ya desde entonces su abotargado rostro, ahíto de francachelas y fraudes, con gestos de falso heroísmo entre los bastidores y los vestidores de la Gran Opera de Garnier. Pero eso vendría tiempo después.

Entre tanto, los acontecimientos revolucionarios tomaban una velocidad vertiginosa, al interior de los protagonistas y en las calles. Tocqueville relata cómo él mismo sucumbió aristocráticamente ante la desventura de aquella mujer y su hijo el príncipe. No se lo contó a nadie. Al regresar a su curul, escuchó la lista de candidatos al gobierno provisional, leída por Lamartine, “gobierno provisional acordado no se sabe cómo”. Lamartine encaraba las burlas y las rechiflas, los aplausos y las exclamaciones que seguían al oírse en el recinto los nombres de los propuestos.

“Creo que M. de Lamartine —escribe Tocqueville— empezaba a sentirse incomodo en su posición, porque en un motín como en una novela, lo más difícil de idear es el final”. Pero “lo salvó la campana” cuando alguien sugirió se trasladase la concurrencia al Hôtel de Ville, alternativa muy a modo para salir del trance y que Lamartine secundó entusiasta. Vivía el poeta, por momentos, lo que sus héroes girondinos habían experimentado y no es difícil imaginar la exaltación que esto hubo de producir en él, tan sensible e imaginativo; tanto, que podría creer que la Montaña

<sup>284</sup> *Ibidem*, p. 105.

y la Llanura surgían ante sus ojos como en un *flash-back* al momento de abandonar el Palais-Bourbon para llegar al Hôtel de Ville antes de que otras cosas le sucedieran a “su” revolución, tan imprevista como evocadora de días lejanos de libertad y fraternidad entre iguales.

La multitud siguió a Lamartine afuera mientras en el recinto la confusión reinante fue mayor al interrumpir un grupo de guardias nacionales, que pretendía liberar a la duquesa de Orleáns y al heredero frustrado de las garras de aquella muchedumbre, sin saber lo ya inútil y tardío de su gesto envalentonado e importunamente grotesco.

Tocqueville reanudó, “solo y pensativo el camino a casa, no sin haber echado una última mirada a aquella sala, ahora desierta y muda, en la que había oído resonar, durante nueve años, tantas palabras elocuentes y vanas”.<sup>285</sup> Barrot, defensor incansable de la monarquía, también abandonaba en desorden la Cámara y Thiers “más perdido todavía, vagaba alrededor de París, sin atreverse a volver a casa”. Se le había visto, por un instante antes de la llegada de la duquesa de Orleáns y había desaparecido inmediatamente, dando la señal de retirada a muchos otros. Tocqueville supo, gracias a M. Talabot, cómo había estado la cosa:

Parece que M. Thiers, al atravesar la plaza Luis XV había sido insultado y amenazado por algunos hombres del pueblo; estaba muy inquieto y muy impresionado, diciéndome que el populacho le iba a matar si yo no le ayudaba a huir y yo le rogué que me acompañase y que no temiese nada. M. Thiers quiso evitar el Puente Luis XVI por miedo a encontrarse con la multitud; fuimos al Puente de los Inválidos pero, al llegar allí, creyó ver un tropel de gente al otro lado del río y también se negó a pasar. Nos dirigimos al Puente de Jena, que estaba libre y lo atravesamos sin dificultad; al llegar al otro lado, M. Thiers, que vio por las gradas del anfiteatro donde había de construirse el palacio del rey de Roma, a unos muchachos que gritaban, se metió inmediatamente por la calle de Auteuil y entró en el Bois de Boulogne; ahí tuvimos la suerte de encontrar un cabriolé que accedió a llevarnos por los bulevares exteriores hasta los alrededores de la barrera de Clichy, por donde volvimos a su casa, a través de unas calles apartadas. Durante todo el trayecto... parecía que M. Thiers había perdido el juicio: gesticulaba, sollozaba, pronunciaba palabras incoherentes... Así, de los cuatro hombres que más habían contribuido a provocar los acontecimientos del 24 de febrero —Luis-Felipe, Guizot, Thiers y

<sup>285</sup> *Ibidem*, p. 109.

Barrot— los dos primeros estaban proscritos al final de aquel mismo día y los otros dos, medio locos.<sup>286</sup>

Así fue como Thiers, el cronista del Consulado y el Imperio, el político metido a historiador, aspirante a la gloria sobredorada y un tanto falsa que otorga el favor multitudinario, ahora no buscaba sino esconderse del pueblo insurrecto, extraviado su carácter y perdida toda presencia de ánimo por un miedo cobarde, amedrentado, en el fondo, por sus fantasmas. Entró a la historia por una puerta excusada, desconocida a los verdaderamente grandes, los que se crecen ante el peligro y lo encaran con determinación sin permitirse ni un momento de flaqueza. Thiers no era de esos, evidentemente.

La segunda parte de los *Souvenirs...* inicia con la descriptiva noticia de haber sido escrita en Sorrento, “*a salto de mata*”, entre noviembre de 1850 y marzo de 1851. Los padecimientos de salud que agobiaron a Tocqueville hacían del hórrido aire helado y húmedo de París un riesgo mortal y los médicos prescribiéronle estadía curativa en el clima más benigno, seco y cálido de Italia. De poco reposo habrá disfrutado ahí. A pesar de apenas estar rozando la cincuentena era ya un viejo prematuro y achacoso (aunque con la cabeza intacta), que continuaba escribiendo, atento a los altibajos de la política la República recién nacida proclamada en el Hôtel de Ville,<sup>287</sup> entre mil dificultades y obstáculos.

El Minúsculo ya iba preparando el asalto al Estado con socios y aventureros que reclutaba y encabezaba el Duque de Morny, también hijo de Hortensia la bonapártica reina holandesa especializada, por lo visto, en engendrar ambiciosos golpistas.

“He aquí pues la monarquía de Julio caída, caída sin lucha, con los vencedores tan asombrados de sus victoria como los vencidos de sus reveses”.<sup>288</sup> La justificación de este dictamen, es decir, la explicación de tan rotunda afirmación supone que, bien a bien, ninguno de los protagonistas sabía a dónde se dirigirán unos y otros y que se trató de un alineamiento fortuito de acontecimientos decisivos, fastos y nefastos, según el caso.

A Tocqueville no le convenía esa hipótesis, indemostrable, fabricada interesadamente, primero por Guizot y después por Thiers, con el grave

<sup>286</sup> *Ibidem*, p. 110.

<sup>287</sup> Véase *ut supra*.

<sup>288</sup> Tocqueville, *op. cit.*, p. 113.

hándicap que representaban sus biografías políticas proorleanistas. Difícilmente los responsables de torpezas políticas aceptan sus errores y frecuentemente estiman lo hecho por ellos torpemente, como venido de “los acontecimientos”, que dijo Luis XVI cuando se enteró del estallido en 89. “Los acontecimientos”, el Azar, el Destino, el Hado, sí, pero a Tocqueville no podían pasarle gato por liebre, aunque fueran prestidigitadores históricos de la habilidad manifiesta de aquellos dos.

No es que yo crea —aclara— que los accidentes no han desempeñado ningún papel en la Revolución de Febrero. Por el contrario, desempeñaron uno y muy importante, pero no lo han hecho todo... Yo he vivido con gentes de letras que han escrito la historia sin mezclarse en los asuntos y con políticos que nunca se han preocupado más que de producir los hechos, sin pensar en describirlos. Siempre he observado que los primeros veían por todas partes causas generales, mientras los otros, al vivir en medio del entramado de los hechos cotidianos, tendrían a imaginar que todo debía atribuirse a incidentes particulares y que *los pequeños resortes* que ellos hacían jugar constantemente en sus manos eran los mismos que mueven al mundo. Es de creer que se equivocan los unos a los otros... Creo que muchos hechos históricos importantes no podrían explicarse más que por circunstancias accidentales y que muchos otros son inexplicables; que, en fin, *el azar, o más bien, ese entrelazamiento de causas segundas al que damos ese nombre, porque no sabemos desenredarlo, tiene una gran intervención en todo lo que vemos en el teatro del mundo, peo creo firmemente que el azar no hace nada que no esté preparado de antemano*. Los hechos anteriores, la naturaleza de las instituciones, el giro de los espíritus, el estado de las costumbres, son los materiales con que el azar compone esas improvisaciones que nos asombran y que nos aterran.

Consiguiente con su tesis, Tocqueville, pretende rescatar las “causas generales fecundadas por unos accidentes” de la Revolución de Febrero:

La revolución industrial que, desde hacía treinta años había convertido a París en la primera ciudad manufacturera de Francia y atraído a sus murallas toda *una nueva población de obreros*, a la que los trabajos de las fortificaciones habían añadido *otra población de agricultores* ahora sin empleo; *el ardor de los goces materiales* que, bajo el aguijón del gobierno excitaba cada vez más a aquella misma multitud; *el resquemor democrático de la envidia que la minaba sordamente*, las teorías económicas y políticas que comenzaban a manifestarse y que tendían a hacer creer que las miserias humanas eran *obra de las leyes y no de la Providencia* y que se podía *suprimir la pobreza* cambiando de

base a la sociedad; *el desprecio en que había caído la clase que gobernaba y sobre todo los hombres que marchaban a su cabeza, desprecio tan general y tan profundo que paralizó la resistencia de los hombres a quienes más interesaba el mantenimiento del poder que se derribaba; la centralización, que redujo toda la acción revolucionaria a apoderarse de París y a intervenir la máquina de la administración, perfectamente montada; la movilidad, en fin, de todas las cosas, de las instituciones, de las ideas, de las costumbres y de los hombres, en una sociedad que se mueve, que ha sido removida por siete grandes revolucionarios en menos de setenta años, sin contar con un gran número de pequeñas conmociones secundarias; esas fueron las causas generales, sin las cuales la revolución de Febrero habría sido imposible. Los principales accidentes que la provocaron fueron las torpes pasiones de la oposición dinástica, que preparó una sedición al querer hacer una reforma; la represión de esta sedición, al principio excesiva y luego abandonada; la súbita desaparición de los antiguos ministros, que vino a romper de golpe los hilos del poder que los nuevos ministros, en su turbación, no supieron recoger a tiempo ni reanudar; los errores y el desorden mental de aquellos ministros, tan incapaces de consolidar lo que habían sido bastante fuertes para debilitar; las vacilaciones de los generales; la ausencia de los únicos príncipes que tenían popularidad y energía; pero sobre todo la especie de imbecilidad senil del rey Luis-Felipe, dolencia que nadie habría podido prever y que sigue siendo increíble aun después de que los hechos la pusieron de manifiesto.*<sup>289</sup>

Pocas páginas como ésta registra la memoria del conjunto de las dedicadas a la descripción causal de las conmociones sociales; aúna la visión panorámica sin perder el detalle revelador que, al conjunto, le presta una nueva cantera explicativa y lo ilumina con una luz nueva.

Cuando esta relación de causas primarias y secundarias se lee en sentido opuesto, es decir, de atrás para adelante, da la instantánea composición del cuadro histórico: un rey encumbrado en un trono que le había arrebatado a su tío en tres días y que, encerrado en sus palacios durante dieciocho años, iba disolviéndose en una locura inconfesable, rodeado de ministros menos que medianos, excepción hecha de Guizot,<sup>290</sup> derribado del poder a causa de su intransigente inmovilismo frente a la demanda ineludible de reformas, comenzando con la electoral, estratégicas para contender con la nueva realidad del proletariado industrial, descifrada

<sup>289</sup> *Ibidem*, pp. 114 y 115.

<sup>290</sup> Véase *ut supra*.

por unos cuantos que acabaron encendiendo la mecha de los explosivos con ayuda de una oposición que no veía más allá de sus narices; el vacío de poder que siguió a la represión efectuada contradictoria y erróneamente: primero feroz y momentos más tarde condescendiente y vacilante, irritando a todos sin convencer a nadie, aprovechada políticamente al máximo por revolucionarios profesionales, asistidos de ideólogos y propagandistas exaltados y radicales, surgidos del fondo de crisis materiales y morales repetidas a lo largo de setenta años y sobre ello una ciudad que lo era todo en el país golpeado por desastres agrícolas y un desempleo incontenible y cuya capitulación política bastaba para arrasar con lo demás. Esclarecedora, vanguardista, la página célebre encierra la principal cuestión de la libertad y la necesidad, de la voluntad humana y el azar en la historia y las lecciones que de ello pueden extraerse hoy. De ahí que la disección debida a Tocqueville pueda constituirse en el paradigma del análisis no marxista de las revoluciones políticas, que son sociales en primer término. Abandonó así la consigna de mirarlas exclusivamente bajo ópticas normativas e ideológicas, efecto y causa de ellas, invirtiendo el sentido de la cadena explicativa hasta entonces en uso, aunque Marx ya hubiera advertido el error básico que ocultaba. Pero, con todo, no perdió de vista el ingrediente psicológico, el chispazo del talante personal, que ayuda al lector a situarse en la escena. Y, por sí fuera poco lo anterior, conservó uno de los atractivos del estudio del pasado, el adarme de “misterio sugerente”, alrededor de los príncipes aquellos, “únicos que tenían popularidad y energía”, lo que abrió una nueva interrogación sobre esas jornadas en las que la responsabilidad de Luis-Felipe se incrementa en la medida en que se buscan explicaciones a su increíble reacción ante esos hechos. Creyó el rey

que para permanecer en el trono le bastaba infringir la legalidad sin violarla y que, siempre que él moviese dentro del círculo de la Carta, la nación tampoco se saldría de él. Corromper al pueblo sin desafiarle, falsear el espíritu de la Constitución sin cambiar la letra; oponer los vicios del país, los unos a los otros; *ahogar dulcemente la pasión revolucionaria en el amor por los goces materiales*; esa había sido la idea de toda su vida, que se había convertido poco a poco no sólo en la primera sino en la única. Luis Felipe se había encerrado en ella, había vivido en ella y cuando se dio cuenta, de pronto, que era falsa; fue como un hombre que es despertado de noche por un terremoto y que, en medio de las tinieblas, al sentir que su casa se derrumba y que el

propio suelo parece hundirse bajo sus pies, queda desorientado y perdido en aquella ruina universal e imprevista”

El relato de las decepciones que embargaban entonces el ánimo de Tocqueville y que experimentaba lejos de su querida Francia, no deja de ser hondamente revelador:

Yo había pasado los más bellos años de mi juventud en medio de una sociedad que parecía hacerse próspera y grande al hacerse libre. Yo había concebido la idea de una libertad moderada, regular, contenida por las creencias, las costumbres y las leyes: los atractivos de esa libertad me habían conmovido; aquella libertad se había convertido en la pasión de mi vida, yo sentía que jamás me consolaría de su pérdida y ahora veía claramente que tenía que renunciar a ella.<sup>291</sup>

¿Qué había ocurrido?

Al reanudar la narración de los días de febrero de 1848 confiesa la vergüenza de haber maltratado de palabra al bueno de Ampère:<sup>292</sup>

Usted llama a eso el triunfo de la libertad cuando es su última derrota. Yo le digo que ese pueblo al que usted admira tan ingenuamente, acaba de demostrar que es incapaz e indigno de vivir libre, impaciente, irreflexivo y despectivo ante el peligro como lo han sido sus padres. El tiempo no ha cambiado nada en él y lo ha dejado tan ligero en las cosas serias como en otro tiempo lo era en las fútiles. Después de haber gritado mucho, los dos acabamos remitiéndonos al futuro, juez esclarecido e íntegro pero que siempre llega demasiado tarde.<sup>293</sup>

Al revivir la noche del 23 de febrero recuerda los gritos y los tiros, “de triunfo y no de combate”. Así pues, ¿ya todo había concluido para entonces? Tocqueville, con esa esperanza, salió de casa en busca de sus dos sobrinos, internados en un pequeño seminario a espaldas de los jardines de Luxemburgo. El domingo era de calles desiertas y de adustas caras militares, avergonzadas a causa de una derrota increíble, aunque no eran los rostros de los soldados de tropa; eran los lo de la oficialidad los que así expresaban su ánimo. No encontrando a los buscados, se introdujo

<sup>291</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>292</sup> Véase *ut supra*.

<sup>293</sup> Tocqueville, *op. cit.*, p. 119.

en la mansión de Lamorcière, quien había resultado herido y a quien el rumor lo hacía ya muerto. Después de cerciorarse del estado de la salud del militar, vagó toda la tarde por París:

Dos cosas me impresionaron, sobre todo aquel día. La primera fue el carácter, no diré principalmente, sino *única y exclusivamente popular* de la revolución que acababa de producirse: la omnipotencia que se había dado el *pueblo propiamente dicho*, o sea, *las clases que trabajan con sus manos* sobre todas las demás. La segunda fue la poca pasión rencorosa, e incluso, a decir la verdad, las pocas pasiones vivas, de cualquier tipo, manifestadas en aquel primer momento por el bajo pueblo convertido de pronto en único dueño del poder.<sup>294</sup>

Sin embargo, añade que en la Primera República, durante la Convención y en la Revolución de 1830, “jamás el poder bajó de las manos del pueblo... La Revolución de Febrero por el contrario parecía hecha totalmente al margen de la burguesía y contra ella... *Nada había más nuevo en nuestros anales*”.

Eso fue lo que la hizo memorable y es por eso que se puede encontrar provecho en descifrarla y, acaso, reinterpretarla, pues fue un giro importante por sus efectos jurídico-sociales de largo alcance, más de lo que generalmente se admite, y si sólo fuera la calidad de los cronistas lo que llevara a interesarse por releer las historias de esas hazañas, la Revolución de 1848 ocuparía el primer lugar entre ellas, pues ninguna otra cuenta con un testimonio de semejante entidad y no hay entre los eminentes tratadistas de su estirpe ningún otro “reportero de guerra” ni cosa que se le parezca al cronista Tocqueville de aquellos días.

La singularidad de esa revolución es evidente y la desmesura del juicio de Tocqueville también:

Durante aquella jornada yo no vi en París ni a uno solo de los antiguos agentes de la fuerza pública, ni a un soldado, ni a un gendarme, ni a un agente de la policía; incluso la guardia nacional había desaparecido. Sólo el pueblo llevaba armas, guardaba los lugares públicos, sigilaba, mandaba, castigaba. Era una cosa extraordinaria y terrible el ver, *en manos de los que nada poseían*, toda aquella inmensa ciudad, llena de tantas riquezas... Así, el terror de todas las clases fue inmenso. Yo no creo que en ninguna época de la Revolución haya sido tan grande y pienso que no podría compararse más que con el que

<sup>294</sup> *Ibidem*, p. 122.

debieron sentir las ciudades del mundo romano cuando se vieron en poder de los vándalos y de los godos.<sup>295</sup>

Es inerradicable del vivero de parangones éste, de la “invasión de los bárbaros”, que aquí resulta, además, muy chocante. Quizá la cercanía temporal de los acontecimientos con la fecha de escritura de los *Recuerdos* permita explicar este evidente error de perspectiva. El tropiezo en la analogía viene reparado, inmediata y cáusticamente, por la mirada, escéptica y ya desencantada de un hombre enfermo, en tierra ajena, dolorosamente desconcertado, ante los inciertos días que habrían de llegar, cuyos amargos presentía:

Como nada semejante se había visto hasta entonces, muchas gentes esperaban actos de violencia inusitados. En lo que a mí se refiere, jamás compartí aquellos temores. Lo que veía me hacía presagiar, para un próximo futuro, *perturbaciones extrañas, crisis singulares, pero nunca creí en el saqueo de los ricos*. Conocía demasiado a los hombres del pueblo para no saber que sus primeras actitudes, en tiempo de Revolución, suelen ser generosas, que gustan de pasar los días inmediatamente siguientes al triunfo, jactándose de su victoria, haciendo alarde de su autoridad y jugando a los grandes hombres. Durante ese tiempo suele ocurrir que se instituye un poder cualquiera, la policía vuelve a su sitio y el juez a su sillón y cuando nuestros grandes hombres quieren, al fin, volver a bajar al terreno más conocido y más vulgar de las pequeñas y malas pasiones humanas, ya no son libres de hacerlo y tienen que limitarse a vivir simplemente, como gentes normales.<sup>296</sup>

A Tocqueville decía tranquilizarle pensar que los vencedores habían sido cogidos de improviso por el éxito como sus adversarios por la desgracia; que sus pasiones no habían tenido tiempo de encenderse y de encontrarse en la lucha; el gobierno había caído sin ser defendido y sin defenderse él mismo siquiera”. Pero esto no fue todo. Lo verdaderamente paradójico fue que aquel gobierno Guizot “fue combatido o, por lo menos, censurado vivamente desde hacía tiempo por los mismos que, en el fondo de su corazón, más lamentaban su caída”.<sup>297</sup>

La lucha de clases, innegable, se manifestaba, patente e inocultable, aunque entonces y ahí Tocqueville sólo advirtiera el síntoma y no la etio-

<sup>295</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>296</sup> *Idem*.

<sup>297</sup> *Idem*.

logía, pues para esto se hubiera necesitado del genio de Marx, o si se quiere, de un instrumental eidético atento a las relaciones entre el modo de producción y las fuerzas productivas, categorías que a Tocqueville le eran ajenas. La contundente presencia del nuevo protagonista, su triunfal entrada en la escena política, el preponderante papel que al proletariado le tocaba ahora interpretar, lo quiso explicar Tocqueville ayudado de su concepción de las clases medias, distinguiéndolas al interior de la burguesía y construyendo con esos ingredientes una seductora hipótesis:

Desaparecida la monarquía, el campo de batalla parecía vacío. El pueblo ya no veía claramente cuáles eran los enemigos que le quedaban por perseguir y por vencer. Le faltaban incluso los viejos objetos de su cólera. El clero jamás se había reconciliado totalmente con la nueva dinastía y asistía sin pena a su hundimiento. La antigua nobleza aplaudía, cualesquiera que hubieran de ser las consecuencias. El primero había sufrido a causa del sistema intolerante de la burguesía y la otra a causa de su orgullo: los dos despreciaban o temían su gobierno. *Era la primera vez, desde hacia setenta años, que los sacerdotes, la antigua aristocracia y el pueblo coincidían en un sentimiento común, sentimiento de rencor, ciertamente y no de común afecto. Pero eso ya es mucho en política, donde la comunidad de los odios constituye, casi siempre, el fondo de las amistades. Los verdaderos y únicos vencidos del día eran los burgueses, pero incluso ellos tenían poco qué temer. Su gobierno había sido más exclusivo que opresor, corruptor pero no violento y era más despreciado que odiado. La clase media, por otra parte, no forma jamás, en el seno de una nación, un cuerpo compacto y una parte muy distinta dentro de todo; participa siempre un poco de todas las demás y, en algunos terrenos, se confunde con ellas. Esta falta de homogeneidad y de límites precisos hace que el gobierno de la burguesía resulte débil e inseguro pero hace a la propia burguesía inaprensible y como invisible para los que quieren golpearla cuando ella no gobierna ya.*<sup>298</sup>

Enemigo de supercherías, Tocqueville añade el condimento a su amargo platillo:

*La historia de la Revolución* de M. Thiers, *Los girondinos*, de M. de Lamartine... pero, sobre todo, las piezas de teatro, habían rehabilitado el terror y, en cierta forma, lo habían puesto de moda. *Se hacía hablar a las pasiones tibias de nuestro tiempo con el lenguaje inflamado del 93*, y se citaba, a cada instan-

<sup>298</sup> *Ibidem*, p. 124.

te, el ejemplo y el nombre de ilustres malvados, pero no había ni la energía, ni un sincero deseo de parecerse a ellos.

Tocqueville no se anduvo con rodeos: *El socialismo quedará como el carácter esencial y el recuerdo más temible de la Revolución de Febrero*, dice y al hacerlo tuvo en cuenta distintas versiones:

Cada uno proponía su plan: éste lo presentaba en los periódicos, aquél en pasquines que muy pronto abrieron las paredes, ese otro simplemente lo lanzaba al aire mediante la palabra. *Uno pretendía destruir la desigualdad de las fortunas; el otro, la desigualdad de las facultades y el tercero aspiraba a nivelar la más antigua de las desigualdades, la del hombre y de la mujer. Se indicaban específicos contra la pobreza y remedios para ese mal que es el trabajo, atormentador de la humanidad desde que ésta existe.*<sup>299</sup>

Lo que seguramente le pareció al autor una lograda y letal caricatura del socialismo ha venido a ser, a pesar de Tocqueville, un encendido elogio de los eternos justicieros. El sarcasmo final de la frase es como un escorpión; que oculta *in caudam* lo mortífero.

*“Estas teorías eran muy diversas entre sí, a menudo contrarias, a veces enemigas, pero todas, al apuntar más bajo que el gobierno y al esforzarse por alcanzar a la sociedad misma que le sirve de base, tomaron el nombre común de socialismo”*. Continuaría siendo todo un misterio esa expresión de “apuntar más bajo que el gobierno” con que Tocqueville confunde al lector posiblemente sin proponérselo.

También su juicio un tanto iracundo: *“La República no aparecerá más que como un medio que como un fin puesto que era el socialismo el verdadero punto de llegada”*, según veía él las cosas, sin la perspectiva que concede el tiempo.

¿Qué fue lo que confirió el carácter socialista al levantamiento de 1848? ¿Era impredecible el que tomara ese rumbo? ¿Fue una sorpresa? Responderá, no el ameno cronista, sino el frío analista:

Se advertía, desde hacía mucho tiempo, que el pueblo crecía y elevaba sin cesar su condición y que su importancia, sus facultades, sus deseos y su poder aumentaban sin cesar también. Asimismo, habían crecido sus comodidades, pero menos rápidamente y se acercaban al término que las viejas sociedades no permiten sea sobrepasado, donde se encuentran muchos hombres y pocos

<sup>299</sup> *Ibidem*, p. 125.

puestos. ¿Cómo unas clases pobres, inferiores y, sin embargo, poderosas no iban a soñar con salir de su pobreza y de su inferioridad sirviéndose de su poder? Y en eso trabajaban desde hacía sesenta años.

Ese nuevo actor, el proletariado, había logrado, al fin, ser incluido en el elenco, a pesar de los refunfuños de los viejos comediantes, que veían a los recién llegados por encima del hombro. Tocqueville encuentra explicable aquella inclusión y su agudeza le llevará más allá de la mera constatación del hecho:

Al principio, el pueblo había querido redimirse cambiando todas las instituciones políticas, pero después de cada cambio había visto que su suerte no había mejorado, o no mejoraba más que con una lentitud que resultaba intolerable para la precipitación de sus deseos. *Era inevitable que un día y otro, acabase por descubrir que lo que le mantenía sujeto a su situación no era la constitución del gobierno sino las leyes inmutables que constituyen la propia sociedad. Y era natural que se viese impulsado a preguntarse si no tenía el poder y el derecho de cambiarlas, como había cambiado otras.*

Radicalismo sería el término apropiado para designar este primer momento, no sólo de demolición del viejo palacio político sino, ante todo, destructor de los materiales con que se construyen esas selectas moradas. También asoma en el párrafo, *el derecho a la revolución*, expresión que a muchos les suena a provocación y a algunos les resulta una contradicción en los términos. Tocqueville deja la cuestión en el aire, invitando a pensar en ella. Da un paso más en el descubrimiento del enigma y lo hace sin vacilar: “Y, hablando en especial de *la propiedad, que es como el fundamento de nuestro orden social, al ser destruidos todos los privilegios que cubrían y ocultaban el privilegio de la propiedad y al quedar este privilegio como el principal obstáculo para la igualdad entre los hombres*”,<sup>300</sup> *hasta el punto de parecer su único signo, ¿no era inevitable, no digo que llegase a abolirse también pero, por lo menos, que la idea de abolirlo se ofreciese al espíritu de los que no disfrutaban de él?*

Con magistral habilidad pone el broche deslumbrante:

Esta inquietud natural del espíritu del pueblo, esta agitación inevitable de sus deseos y de sus pensamientos, estos instintos de la multitud formaron,

<sup>300</sup> Véase Carrillo Prieto, Ignacio, *Ante la desigualdad social: Rousseau, precursores y epígonos*, cit.

en cierto modo, el tejido sobre el que los innovadores dibujaron tantas figuras monstruosas o grotescas. *Pueden encontrarse ridículas sus obras pero el fondo sobre el que ellos han trabajado es el objeto más serio sobre el que los filósofos y los hombres de Estado pueden reflexionar.*<sup>301</sup>

La tesis constituye el mejor reconocimiento que jamás se haya hecho del socialismo, procediendo de la pluma crítica de Tocqueville, que muy lejos estaba de simpatizar siquiera con la doctrina de los socialistas y sus obras:

*¿Quedará el socialismo enterrado en el desprecio que tan justamente cubre los socialistas de 1848? No dudo que las leyes constitutivas de nuestra sociedad moderna no hayan de ser muy modificadas a la larga: en muchas de sus partes principales lo ha sido ya. Pero ¿llegará jamás a destruirlas y a poner otras en su lugar? Eso me parece impracticable. Y no digo más porque, a medida que avanzo en el estudio del antiguo estado del mundo, y veo con más detalle el mundo mismo de nuestros días; cuando considero la prodigiosa diversidad que en él se encuentra, no sólo entre las leyes, sino entre los principios de las leyes y las diferentes formas que ha adoptado y conserva aún hoy el derecho de propiedad, me siento tentado a creer que lo que se llama las “instituciones necesarias” no son, frecuentemente más que las instituciones a las que nos hemos acostumbrado.*<sup>302</sup>

Sano relativismo, que vino en auxilio de Tocqueville y de su genio en las postrimerías de su provechosa vida.

Las horas excepcionales que había vivido Tocqueville en aquellos días postreros de Febrero, los de la Revolución más breve que Francia haya conocido nunca, pueden explicar el énfasis con que reconstruye en su memoria este “relato secreto”. No se detiene en ninguna consideración atenuante, ni perdona a los actores sus vicios y debilidades y es muy duro con él mismo, de modo tal que las páginas de la segunda parte de los *Souvenirs* tienen un tono espontáneamente fatalista y los renglones se suceden con revelaciones cada vez menos edificantes. Tocqueville bajaba del falso tono epopéyico a uno más humilde conjunto de hechos socialmente muy importantes, que convenía mejor al que ciertamente no merecían el parangón con el 89 ni el 93 cuya parodia le irritaba pro-

<sup>301</sup> Tocqueville, *op. cit.*, p. 126.

<sup>302</sup> *Ibidem*, p. 127.

fundamente. Pero tampoco era cosa de no ver en las Jornadas de Febrero originalidad y trascendencia innegables. A la hora de juzgar a los más relevantes miembros de la Asamblea no vaciló en confesar la “*especie de repugnancia que experimentaba al recordar aquel miserable mundo parlamentario que yo había habitado durante diez años y en cuyo seno había visto germinar la revolución*” ni en admitir la enorme vanidad de las combinaciones políticas, ni menos aún en reconocer que el movimiento era ya irresistible.

Hay, en el malestar político de Tocqueville una reacción muy semejante al rechazo contemporáneo de usos políticos chatos, burdos, pintorescos pero, ante todo, divorciados *del interés ciudadano*, naufragando, día con día, en las aguas de una corrupción cínica y devastadora.

Desde 1848, antes aun de esa fecha, viene creciendo la desilusión, el desencanto y el desengaño de las fórmulas democráticas y aumenta también la lejanía de esas con los ciudadanos de carne y hueso. *Que se vayan*. Es remoto que ocurra, por más indignados que se digan los impugnadores en las redes (que pueden servir tanto para pescar como para ser pescado); para utilizarlas políticamente con eficacia es preciso proponer “reglas de juego” que puedan ser admitidas por la mayoría, a fin de que esos consensos, momentáneos y fugaces, aspiren a convertirse en guías para enriquecer el diálogo político y la toma de decisiones. Hasta hoy esto no ha ocurrido, pero cabe esperar un nuevo ciclo de invención política, impulsado por la crisis iniciada en 2008 que ya ha arrasado con seguridades colectivas que apenas ayer se estimaban incommovibles. Para algunos, hay que reinventar la democracia y poner al día la tecnología política que hoy por hoy sigue tan campantemente decimonónica, tan vieja que es más bien un conjunto de ritos simbólicos, vacíos de su contenido original, ánforas ya sin tesoros, leyendas sin sentido.

Tocqueville vio venir esta decadencia y la predijo con todas sus letras:

Siempre me había sentido reprimido y oprimido en el seno de aquel mundo parlamentario que acababa de ser destruido. En él había encontrado toda clase de desengaños, tanto respeto a los otros como respeto a mí mismo... *Yo no era bastante virtuoso para imponer respeto y era demasiado honesto para plegarme a todas las pequeñas prácticas que entonces se necesitaban para un pronto éxito...* Yo había creído, equivocadamente, que obtendría en la tribuna el éxito obtenido con mi libro. El oficio de escritor y el de orador se estorban más que se ayudan. No hay nada que se parezca menos a un buen discurso que un buen capítulo... Había acabado también por descubrir que

carecía, en absoluto, del arte necesario para agrupar y para dirigir a muchos hombres como un solo grupo. *Nunca he podido tener agilidad más que en el tête-a-tête...* Además, me resultaba incómoda la discusión sobre los puntos que me interesan poco, y dolorosa la de los que interesan vivamente...<sup>303</sup>

Con la sinceridad que exige toda confesión auténtica, Tocqueville ha terminado por verse en la cincuentena de su edad de cuerpo entero, en el espejo de aquellos días febriles, lo que le permitió enfocar críticamente a sus contemporáneos, habiéndose despojado de las antiguas ilusiones que de sí mismo había forjado en el pasado:

Alguna vez he pensado que, si las costumbres de las diversas sociedades difieren, la moralidad de los políticos que rigen los asuntos públicos es en todas partes la misma. Y lo que es seguro es que, en Francia, todos los jefes de partido que he conocido en mi tiempo me han parecido casi igualmente indignos de gobernar, unos por su falta de carácter o de verdaderas facultades y la mayoría por su falta de virtudes de todo tipo.

A él, en cambio, éstos le miraban como un astuto ambicioso, silencioso por taimado, rencoroso en su austeridad y de un humor siempre amargo, pusilánime que no magnánimo a la hora de reclamar agravios olvidados más por su incapacidad de retener el recuerdo de las ofensas recibidas que por la voluntad de perdonarlas. Confiesa cuánto le costaba aquel menosprecio, pues no había hombre —decía— “más necesitado que él de contar con la estimación y la confianza públicas para elevarse hasta las acciones de que se creía capaz”. Después de nueve años parlamentarios, su desencanto, el desengaño, fue completo: los pequeños partidos dinásticos entre los que se movió durante todo ese tiempo parecíanle ahora de una insignificancia patética. Por fin, había acabado por entender “*que nada contribuye más al éxito que no desearlo con demasiado afán*”,<sup>304</sup>

El análisis de aquellos hechos y sus consecuencias inmediatas fue implacable:

*Ha habido revolucionarios más malvados que los de 1848, pero no creo que los haya nunca habido más tontos: no supieron servirse del sufragio univer-*

<sup>303</sup> *Ibidem*, pp. 132-134.

<sup>304</sup> *Ibidem*, p. 139.

*sal, ni prescindir de él.* Si hubieran hecho las elecciones al día siguiente del 24 de febrero, cuando las clases altas estaban aturcidas por el golpe que acababan de recibir y cuando el pueblo estaba más emocionado que descontento, habrían obtenido una Asamblea según sus deseos. Si hubieran optado audazmente por la dictadura, habrían podido conservarla por algún tiempo entre sus manos. Pero se entregaron a la nación y, al propio tiempo, hicieron todo lo que podía alejarla de ellos. La amenazaron mientras se entregaban a ella. La amedrentaron con la audacia de sus proyectos y con la violencia de su lenguaje y la invitaron a la resistencia con la debilidad de sus actos. *Adoptaron el aire de ser sus preceptores, al mismo tiempo que se sometían a ella.* En lugar de abrir sus filas después de la victoria, las cerraron celosamente; *parecieron, en una palabra, haberse entregado a resolver este problema insoluble, a saber: gobernar con la mayoría, pero contra el gusto de ésta.*<sup>305</sup>

El dictamen negativo concluye con un extemporáneo consejo:

En Francia, todos los labradores tienen alguna porción de tierra y, en su mayoría, tienen hipotecada su pequeña hacienda. Su enemigo ya no era el aristócrata sino el acreedor y era éste al que convenía atacar. No había que promover la abolición del derecho de propiedad sino la abolición de las deudas.<sup>306</sup>

El resultado del cúmulo de errores en que, a juicio de Tocqueville, había incurrido el gobierno provisional, agudizaba la crisis de una sociedad fracturada en mundos antagónicos: “*el de los que no poseían nada, unidos en una común codicia y el de los que poseían algo, en una común angustia*”.

De la inauguración el 4 de mayo, de la Asamblea Nacional sólo recuerda que gritó quince veces ¡Viva la República!, en el curso de la sesión, comprometido así con los demás. En las gradas, los diversos partidos tomaron posiciones según la tradición: Montaña o Llanura:

Los montañeses no tardaron en dividirse en dos bandos muy distintos: los revolucionarios de la vieja escuela y los socialistas, aunque los dos matices no estaban claros. Se pasaba del uno al otro, por unos tintes imperceptibles. Los montañeses propiamente dichos, tenían en el cerebro casi todos, ideas socialistas y los socialistas aceptaban muy gustosamente los procedimientos revolucionarios de los primeros, *pero los unos diferían de los otros bastante*

<sup>305</sup> *Ibidem*, p. 148.

<sup>306</sup> *Ibidem*, p. 149.

*profundamente como para marchar juntos y eso fue lo que nos salvó. Los socialistas eran los más peligrosos, porque respondían más exactamente al verdadero carácter de la Revolución de Febrero y a las únicas pasiones que ésta había hecho nacer, pero eran gentes más de teoría que de acción y, para trastornar la sociedad a su gusto habrían necesitado la energía práctica y la ciencia de las insurrecciones que sólo sus colegas dominaban.*<sup>307</sup>

De aquellos bancos de la Montaña, Tocqueville “oía, indignado, salir un chorro continuo de apóstrofes, injuriosos o joviales. Al propio tiempo, se hacían allí muchos chistes y frases y se adoptaba alternativamente un tono muy impúdico y unos aires muy presuntuosos”, y así la crónica desvela el estado de ánimo del autor de la misma, del viejo lobo parlamentario ante la desenvoltura de los nuevos actores, insolentes y antisolemnes.

El socialismo de 1848 no tenía contornos precisos o, mejor, carecía de la idea central de la colectivización de la economía. “*Era más bien el rechazo al egoísmo y la voluntad de atemperar los efectos del mercado con intervenciones humanitarias a favor de sus víctimas lo que llamaríamos hoy un ‘espíritu social’, sin sufijo*”.<sup>308</sup> Así, la fuente de la actual socialdemocracia francesa debe buscarse en ese socialismo a lo Louis Blanc y a lo Víctor Hugo.

El mayor experto en la Revolución de Febrero, el profesor Agulhon, ha explicado:

Très suite, dans le parti républicain, la génération des militants, nés entre 1830 et 1840, a voulu penser mieux que ses aînés en pensant plus précis, et plus scientifique. Il est courant d’opposer (malgré les filiations spirituelles et les réelles affections réciproques) les jeunes positivistes comme Jules Ferry et Leon Gambetta aux vieux romantiques qui ‘étaient Victor Hugo ou Ledrou-Rollin. Le contraste est en effet indéniable; il est la marque propre des années 50 et 60; le Positivisme succédant à l’esprit quarante-huitard, c’est, dans le camp républicain, ce qu’a voulu être le socialisme scientifique succédant au socialisme utopique dans le mouvement ouvrier.<sup>309</sup>

No hay que perder de vista, en la lectura de los *Souvenirs* que hay constancia histórica de que la movilidad entre los intelectuales fue mayor que la de los restantes grupos sociales y que la motivación político-jurí-

<sup>307</sup> *Ibidem*, p. 152.

<sup>308</sup> Agulhon, Maurice, *Les Quarante-huitards*, París, 1992, p. 248.

<sup>309</sup> *Ibidem*, p. 239.

dica fue más subrayada que la socio-económica: se lucharía, en adelante, no sólo en defensa de la propiedad, sino, en primer lugar, a favor de la prevalencia de la nueva legalidad republicana.

También renacía una suerte de jacobinismo, anacrónico y un tanto sentimental. Pero, asimismo y como reacción a éste, se articulaba una concepción más abstracta, alejada de la emoción del paradigma de la historia revolucionaria del XVIII: la de la República como Estado de derecho, como desarrollo del liberalismo constitucional y como el término de una evolución natural en la que, después de todo, 1830 había señalado una etapa.

Concluida la monarquía de derecho divino había llegado la monarquía liberal desacralizada. *Era entonces posible llegar un día a la no-monarquía, es decir, a la democracia, la de América, la pasión más honda de la vida de Tocqueville.*

El “socialismo” se propuso en 1840 una *solución de compromiso*: amalgamar la aspiración de perfeccionar el sistema político con la voluntad de cambiar la economía y la sociedad. Aun aquellos como el moderado Ledru-Rollin, con su rostro cachigordete, tuvieron que ponerle cara a la reacción conservadora, siempre asechante y defender la República “roja”, sin que esto significara ninguna simpatía por el socialismo más exigente, el comunista. El hecho, en todo caso, fue que los franceses eligieron en número “infinitamente mayor” que en cualquiera otra sufragación, a los grandes propietarios, pues la defensa del derecho de propiedad tendría en ellos a los más feroces combatientes y tratándose de la libertad de enseñanza tendría en el partido católico sus más devotos apóstoles. De ahí que hubiera en la Asamblea tres obispos, algunos vicarios generales y... un dominico, que era, ni más ni menos, el gran Lacordaire, el mayor orador sagrado después de Bossuet, quien pronto dimitiría su incómodo escaño para consagrarse de lleno a lograr un nuevo florecimiento de los frailes predicadores de Santo Domingo, aunque sin el perro con el tizón inquisitorial, recluido para entonces en el museo de la nueva Iglesia, que edificaba aquel excepcional abogado-fraile-diputado, cuyo nombre quedaría grabado indeleble en el púlpito mayor de Notre-Dame. Esto también fue elemento del marco social del estallido de 1848, rico en asombrosas novedades.

Fue precisamente esa atmósfera, desconocida durante la calma chicha de la Monarquía de Julio, la que acabó seduciendo, muy a su pesar, a Tocqueville:

Tuve inmediatamente la impresión de que la atmósfera de aquella Asamblea me convenía y, a pesar de la gravedad de los acontecimientos, experimentaba una especie de bienestar que me era desconocido.<sup>310</sup> Me encontraba unido —añade— a la corriente de una mayoría y siguiendo con ella la única dirección que mi gusto, mi razón y mi conciencia me indicaban, sensación muy nueva y muy dulce.

El capítulo VI de la segunda parte de los *Recuerdos* es muy infeliz por el injustificado maltrato a la figura y al papel de Lamartine en aquellos días fulgurantes, que brillaron también por los gestos grandilocuentes de Alphonse.<sup>311</sup> El desencuentro los dos personajes era predecible, pues pocas veces dos caracteres tan opuestos entre sí han tenido ocasión de acordar en lo esencial y enfrentarse y antagonizar en puntillosas minucias, a pesar de bogar en el mismo barco riesgoso e impredecible.

Al autocontenido normando le disgustará la extraversión del orador florido; al austero profesor estudioso le parecerá demasiado libre el gusto de Lamartine por la “novela histórica” y al severo juez de sí mismo no le agradarán las licencias que se tomaba el poeta, complicando con su popularidad el ya de por sí embrollado momento inaugural del nuevo orden de cosas:

Era el momento en que Lamartine se encontraba en el apogeo de su fama; se le consideraba un salvador... *No creo que nadie haya suscitado jamás tan vivos entusiasmos como los que él suscitaba entonces...* Todos los diputados que llegaban a París con el deseo de reprimir los excesos de la Revolución y de luchar contra el partido demagógico, le consideraban de antemano como su único jefe y esperaban que acudiere a ponerse, sin vacilaciones, a su cabeza para atacar y abatir a los socialistas... Se equivocaban, pues vieron que *Lamartine no entendía de una manera tan simple el papel que le quedaba por desempeñar. Hay que reconocer que su posición era muy compleja y muy difícil. Se olvidaba entonces, pero él, precisamente no podía olvidar, que había contribuido más que nadie al éxito de la Revolución de Febrero...* Era fácil prever que, en cuanto se hubiera detenido la corriente que había llevado las cosas hasta el punto en que se encontraban, *se formaría una corriente contraria que impulsaría a la nación en sentido opuesto, más rápidamente y más lejos de lo que Lamartine podía ni quería ir. El éxito de los montañeses traería su ruina inmediata, pero la derrota completa de aquellos hombres le*

<sup>310</sup> Tocqueville, *op. cit.*, p. 155.

<sup>311</sup> Véase *ut supra*.

inutilizaría y, antes o después, podía y debía hacer salir el gobierno de sus manos. Así pues, *veía para él casi tantos daños y peligros en vencer como en ser vencido*.<sup>312</sup>

Se encontraba en el clásico callejón sin salida, por lo que el reproche de Tocqueville algo tiene de excesivo, de absurdo y, desde luego, de injusticia grande.

Los dicitos contra el autor de *Jocelyn* y *Los girondinos* más tienen de regañosos dicitos morales que de análisis político objetivo. Quizás era mucho pedir que, en medio de la tormenta, todos, hasta el mismísimo Tocqueville, conservaran la calma. En este caso, su sangre fría le abandonó y, a pesar de haber entendido esa suerte de tragedia lamartiniana, no vaciló para endilgarle lindezas como la de: “No sé si he encontrado en este mundo de ambiciones egoístas en medio del cual he vivido, un espíritu más ajeno que el suyo a la idea del bien público”, o aquella otra de: “Tampoco he conocido jamás un espíritu menos sincero, ni que tuviera un desprecio más completo por la verdad”. En el fondo, le hería el desdén con que Lamartine le trataba, seguramente dictado por las circunstancias, pero aun así, fue imperdonable. Entiende el difícilísimo momento en que aquél se encontraba, pero no le perdona no haber hallado la salida que miraba como la única posible: “Lamartine seguía entonces el camino tortuoso que había de conducirle muy pronto a su pérdida, al esforzarse por dominar a los montañeses sin abatirlos y por contener el fuego revolucionario sin apagarlo, de modo que diese al país bastante seguridad para que le bendijese por ello, pero no tanta que le olvidase”. Al sellar Lamartine un pacto político con Ledru-Rollin, “la imagen sangrienta del terror”, precipitó él mismo su caída: finalmente desaparecía hasta el instinto caballeroso en Tocqueville, pues no venía a cuento hablar de Madame de Lamartine y al hacerlo sin razón manchó sus memorísticas páginas:

Me he reprochado frecuentemente el no haber cultivado más la relación de Mme. de Lamartine, porque siempre he encontrado en ella una auténtica virtud, *pero le añadía casi todos los defectos* que pueden incorporarse a la virtud y que, sin alterarla, la hacen menos amable: un carácter dominante, mucho orgullo, un espíritu recto pero rígido y, a veces, rudo, de tal modo que no se podía ni dejar de respetarla ni sentirse a gusto a su lado. Un caballero no lo es si dice cosas tales.

<sup>312</sup> Tocqueville, *op. cit.*, pp. 157 y 158.

Todavía hoy se lee, con asombro y con disgusto, esta “crueldad tocquevillana”, pues, ¿qué importaba, en medio del problema político, la imponente señora Lamartine? ¿Qué necesidad había de motejarla? ¿Qué conseguía con esto Tocqueville, como no fuera un estéril desahogó personal al no haber logrado manejar al marido? Nadie, ya se sabe, está libre de pequeñeces. Aquí la regla volvió a quedar confirmada. Ni siquiera el padre Lacordaire salió bien librado de su pluma:

Oí a un hombre de blusa, que decía a mi lado, a su camarada: ¿ves allá a aquel buitre? Me gustaría a retorcerle el cuello. Seguí el movimiento de su brazo y de sus ojos y comprendí inmediatamente que hablaba de Lacordaire, a quien se veía sentado, con su hábito de dominico, en lo alto de las gradas de la izquierda. *El deseo me pareció monstruoso, pero la comparación, admirable*: el cuello largo y huesudo de aquel padre, saliendo de su capuchón blanco, su cabeza afeitada, rodeada sólo de un mechón de cabello negro, su cara estrecha, su nariz aguileña sus ojos juntos, fijos y brillantes le daban, en efecto, un cierto parecido que me sorprendió, con el pájaro de presa del que hablaban.<sup>313</sup>

Lo que no puede dejar de sorprender al lector de hoy es que Tocqueville, acaso por su personal incapacidad oratoria, dirigía baterías dañinas contra los dos grandes de la palabra hablada, civil y religiosa, y que esa acre antipatía que Lamartine y Lacordaire despertaron en él tan destacado lugar como el que tiene en los *Souvenirs*...

El presidente de la Asamblea, Buchez, tampoco salió bien librado: “El presidente Buchez, en quien unos han querido ver a un pícaro y otros un santo, pero que sin duda alguna, al menos aquel día, *fuera un gran animal*, agita con todas sus fuerzas la campanilla para imponer silencio...”. Frente a Blanqui, el socialista Tocqueville carga implacable:

Fue entonces cuando vi aparecer, a su vez, en la tribuna a un hombre a quien no he visto más que aquel día, pero cuyo recuerdo me ha llenado siempre de diversión y de horror. Tenía una mejillas pálidas y ajadas, unos labios blancos, un aspecto enfermo, avieso e inmundado, y una palidez sucia, la apariencia de un cuerpo enmohecido, sin ninguna ropa blanca visible, una vieja levita negra, pegada a unos miembros enjutos y descarados; parecía haber vivido en una cloaca y se diría que acababa de salir de ella. Me dijeron que era Blanqui.<sup>314</sup>

<sup>313</sup> *Ibidem*, pp. 167 y 168.

<sup>314</sup> *Idem*.

Después, desfila en sus recuerdos la figura de Barbès:

Era uno de esos hombres en los que el demagogo, el loco y el caballero se entremezclan de tal modo que no sabría decirse dónde acaba el uno y empieza el otro y que no pueden surgir más que en una sociedad tan enferma y perturbada como la nuestra. Creo, sin embargo, que en él predominaba el loco y su locura se volvía furiosa cuando oía la voz del pueblo [lo que lleva a dudar de la verdad de aquello de “vox populi, vox Dei”]. Siempre he pensado que en las revoluciones, sobre todo en las revoluciones democráticas, los locos, no aquellos a quienes se da ese nombre por metáfora sino los verdaderos, han desempeñado un papel político considerable. Y por lo menos lo cierto es que una semilocura no viene mal en esos tiempos y, muchas veces, incluso contribuye al éxito.<sup>315</sup>

En ese mismo tono crecientemente crítico, sarcástico y patentemente malhumorado, Tocqueville repasa otros recuerdos de los que emergen “escenas desordenadas y grotescas, pero sin interés ni trascendencia”. Por el contrario, muy significativo fue lo ocurrido en virtud de la unión de la Asamblea con la Guardia Nacional, que acudió a protegerla de los revoltosos y de sus jefes aparentes.

Lamartine, entre tanto, vuelve a surgir entre los renglones del cronista, para “peinarse con un peinecito que había sacado del bolsillo”, ridículo con que Tocqueville rubrica su animadversión hacia el gran orador, pasable poeta y admirable narrador, tan distinto y opuesto al autor de esos *Souvenirs* quien no cedía en su propósito de relatar, solamente para él mismo, las muchas horas de esa revolución de pocos días, en una suerte de *Historia secreta*, sin Justiano ni Belisario ni Teodora, sin personajes, de esa talla, en medio de una multitud de personas menos que medianas.

Lamartine no obstante aquel su “peinecito”, rehízo su ánimo y —dice Tocqueville— recuperó “su energía y buen decir”, invitando a los asambleístas a dirigirse al Hotel de Ville, para sacar de allí la insurrección. Claro que —añade díscolamente— los aplausos que conquistó por ello no eran únicamente a su valentía indudable, sino a la victoria lograda gracias a su elocuencia y a una firmeza que le valió el elogio del joven Víctor Hugo. También el físicamente minúsculo Louis Blanc salió airoso de aquella prueba. De nuevo reluce el desprecio de Tocqueville por la ora-

<sup>315</sup> *Ibidem*, p. 172.

toría política, que Blanc dominaba magistralmente: “Yo jamás le he encontrado talento más que aquel día, porque yo no llamo talento al arte de fabricar unas frases brillantes y huecas, que son como bellos platos bien labrados, en los que no hay nada”.<sup>316</sup> Hasta los grandes son capaces de estupidez. Tocqueville aquí es negativo y ejemplar del aserto antedicho.

El desarrollo de los hechos exigió que Tocqueville diera cuenta hasta de unas “fiestas de la Concordia” el 21 de mayo, excesivas e inoportunas, cruzadas por carros alegóricos y trufadas de efímeros monumentos de cartón-piedra.

“También nos habían prometido unos bueyes con cuernos dorados, pero no nos los dieron”. ¡Como estarían las cosas aquel día, que Tocqueville asistió a las fiestas con dos pistolas en el bolsillo, como la mayoría de sus colegas! Edmon Lafayette prefirió armarse con “una bola de plomo, cosida a una pequeña correa de cuero que se podía liar fácilmente de brazo; aquella arma podría llamarse un rompecabezas portátil”, que pronto hizo fortuna entre los amedrentados diputados. Pero a los franceses nunca les ha complacido interrumpir la fiesta con impertinencias, por lo que los funestos presagios no acaecieron y todo confluó sin mayores sobresaltos, excepto que la “lluvia de flores” sobre los representantes populares se convirtió, gracias a los vigorosos brazos de las comadres encargadas de cumplirla, “en una granizada muy fuerte y muy incómoda”, entusiasmo que Tocqueville miró como lo más parecido a un “ataque epiléptico” que jamás hubiera visto en su vida.

La Guardia Nacional llegaba en ese momento a la increíble cifra de casi trescientos mil ciudadanos en armas, que Tocqueville rebaja a doscientas mil bayonetas cuyo conjunto, como fuera, hacía que el Campo de Marte “se pareciera a un gran lago lleno de acero líquido”,<sup>317</sup> que aclamaba, con su incesante oleaje, a la Asamblea Nacional.

“Yo no compartía, desde luego, la ingenua confianza ni la tonta alegría ante todas aquellas bayonetas que brillaban al sol y que se alzarían, muy pronto, las unas contra las otras, y tenía la sensación de que lo que acabábamos de hacer no era más que pasar revista a los dos ejércitos de la guerra civil”. Puede decirse que todo el tiempo transcurrido desde el desfile del 21 de mayo hasta las jornadas de junio no se llenó más que con la ansiedad que causaba la proximidad de aquellas jornadas presentidas.

<sup>316</sup> *Ibidem*, p. 174.

<sup>317</sup> *Ibidem*, p. 178.

Los artesanos y los burgueses ya no vivían en sus casas sino en las plazas públicas y sobre las armas. Todos deseaban ardientemente escapar a la necesidad de un conflicto... La Asamblea Nacional estaba tan constantemente obsesionada por aquella idea, que se diría leía las palabras *Guerra Civil* como si estuvieran escritas en las cuatro paredes de la sala... Las grandes discusiones habían terminado.

Y es precisamente cuando ocurre que “la tercera llamada”, anuncia la inminencia del espectáculo. Cuando el diálogo político se interrumpe es la propia política la que deja de ser el modo de acordar y de disentir lo que queda después de eso no puede ser sino la guerra. Fue en aquella época cuando surgió, de pronto y por primera vez, el nombre de Luis Napoleón:

Por mi parte, yo no dudaba que nos encontrábamos en vísperas de una lucha terrible. Sin embargo, no comprendí bien todos los peligros sino gracias a una conversación que tuve, por aquella época, con la célebre Mme. Sand... La reunión (en casa del parlamentario inglés Milnes) era muy poco homogénea. Estaba ahí Mérimée, con quien Sand había tenido unas relaciones muy tiernas aunque efímeras. Se asegura, incluso, que habían mantenido su idilio de acuerdo con las reglas de Aristóteles y que habían reducido toda la acción a la unidad de tiempo y lugar. Se encontraban inesperadamente y, como Mme. Sand odiaba profundamente a Mérimée, la situación fue el principio muy embarazosa para ambas partes... Yo tenía grandes prejuicios contra Mme. Sand *porque detesto a las mujeres que escriben*,<sup>318</sup> *sobre todo a las que disimulan las debilidades de su sexo por sistema, en lugar de interesarnos ofreciéndonoslas bajo sus verdaderos aspectos*. A pesar de eso, me agradó. Le encontré unos rasgos bastante toscos, pero una mirada espléndida. Todo el espíritu parecía haberse concentrado en sus ojos, abandonando el resto de la cara a la materia.<sup>319</sup>

Cuenta Tocqueville que habló con ella durante una hora entera de asuntos públicos, pues no se podía hablar de otra cosa en aquel tiempo:

Por otra parte Mme. Sand era entonces una especie de hombre político... Mme. Sand me describió muy detalladamente y con una singular vivacidad

<sup>318</sup> Es francamente decepcionante ¿olvidaba a Leonor de Aquitania, Margarita de Navarra, Vitoria Colonna? ¿No reconocería a Mme. Lafayette y a Mme. de Sevigne? Al desdeñarlas, quien perdió lucidez era él mismo.

<sup>319</sup> Tocqueville, *op. cit.*, pp. 181 y 182.

la situación de los obreros de París, su organización, su número, sus armas, sus preparativos, sus ideas, sus pasiones, sus terribles decisiones. Yo creí que el cuadro estaba sobrecargado, pero no lo estaba... Me pareció que ella misma se asustaba mucho ante el triunfo popular... Señor —me dijo— trate de conseguir de sus amigos que no empujen al pueblo a la calle, inquietándole o irritándole... porque, si se entabla el combate, créame que todos ustedes perecerán. Tras aquellas consoladoras palabras nos separamos...

¿En su recuerdo, desfavorable en el fondo la figura de George Sand, asociaría Tocqueville a la autora de *Lya* con Mme. Roland y el resto de la iconología revolucionaria, que tan antipática le resultó siempre? Claro que a la Roland la salvaba su reluctancia a la palabra escrita, punto a su favor en el corazón del misógino de los *Souvenirs*.

Llegó finalmente la insurrección de junio,

la más grande y la más singular que haya tenido lugar en nuestra historia y tal vez en cualquier otra: la más grande porque durante cuatro días, más de cien mil hombres tomaron parte en ella, pereciendo cinco generales; y la más singular porque los insurgentes combatieron sin grito de guerra, sin jefes, sin banderas y, no obstante, con una conjunción maravillosa y con una experiencia militar que asombró a los más viejos oficiales. [Pero lo importante era otra cosa.] *No se proponía cambiar la forma de gobierno sino alterar el orden de la sociedad, no fue una lucha política sino un combate de clase, una especie de guerra de esclavos; no debe verse en ella más que un esfuerzo, brutal y ciego, pero poderoso, de los obreros por escapar a las miserias de su condición.*<sup>320</sup>

Una radical incompreensión, un obstáculo casi insalvable de naturaleza ideológica clasista”, llevó a Tocqueville a un monumental error de juicio: sostuvo que aquella intolerante condición de los trabajadores, que se miraba como una opresión ilegítima, el recurso a las armas para abolirla y el derecho que creía tenerse de ellos, no era sino “una mezcla de codiciosos deseos y de falsas teorías”,<sup>321</sup> para añadir, en seguida, que fue eso precisamente la que “la hizo tan formidable después de haberla originado”. Tocqueville no escapó al imaginario histórico: ¿aquello era la redición de las huestes de Espartaco que amenazaba, muchos siglos después, la

<sup>320</sup> *Ibidem*, p. 184.

<sup>321</sup> *Ibidem*, p. 185

estabilidad de la sociedad francesa? ¿Era preciso aplastarla inmisericordemente, como en la Antigüedad?

Se había asegurado a aquellas pobres gentes que la fortuna de los ricos era, en cierto modo, *el producto de un robo* cuyas víctimas eran ellos. Se les había asegurado que *la desigualdad de las fortunas era tan contraria a la moral y a la sociedad como a la naturaleza... Aquella oscura y errónea noción del derecho*, que se mezclaba con la fuerza bruta, comunicó a ésta un energía, *una tenacidad y una potencia, que por sí sola no habría tenido nunca*.

Hay que señalar también que esta terrible insurrección no fue la acción de un cierto número de conspiradores, sino el levantamiento de toda una población contra otra. *Las mujeres participaron en ella tanto como los hombres*. Mientras éstos combatían, aquéllas preparaban y acarreaban las municiones y, cuando, al fin, tuvieron que rendirse, *las últimas en decidirse fueron ellas*. Puede decirse que aquellas mujeres aportaban al combate *unas pasiones de amas de casa*: contaban con la victoria para el bienestar de sus maridos y para educar a sus hijos. Amaban aquella guerra, *como habrían amado una lotería*.

Así, el texto que mucho prometía inicialmente, deja a Tocqueville desbarrancarse con una frase infeliz, al equiparar el valor de aquellas mujeres, el riesgo mortal que corrieron, sus lágrimas y temores, con la simple compra de un billete de lotería. Por otra parte, olvidó que, por definición, las amas de casa no tienen nunca “pasiones”, ni se permite que se hable de ello, en todo caso.

Como se sabe fue la dispersión de los Talleres Nacionales lo que dio motivo al levantamiento. Al no atreverse a licenciar, de un solo golpe, a aquella milicia temible, se había intentado dispersarla, enviando a los departamentos una parte de los obreros que la componían, pero éstos se negaron a partir. El 22 de junio recorrieron París en grandes grupos, mientras cantaban en una monótona cadencia “no nos marcharemos, no nos marcharemos”. Delegaciones de ellos acudieron a formular altivas exigencias a los miembros de la Comisión del Poder Ejecutivo y, tras haber recibido una negativa, se retiraron, anunciando que al día siguiente recurrirían a las armas... Aquellas noticias, al llegar a la Asamblea, provocaron en ella una gran inquietud... El 23, cuando yo me dirigía a la Asamblea antes de la hora de costumbre, vi un gran número de ómnibus reunidos alrededor de la Madelaine. Aquello me indicó que empezaban a levantarse barricadas en las calles... Sin embargo, se dudaba todavía que se tratase de un movimiento armado serio... Yo recorrí las calles del barrio Saint-Martin y Saint-Denis sin encontrar barricadas pero la agitación

era allí extraordinaria. Al volver hacia la Asamblea encontré en la calle de los Jeûneurs a un guardia nacional cubierto de sangre y de pedazos de sesos. Le pregunté que le pasaba y me dijo que el batallón del que formaba parte acababa de recibir, a bocajarro, en la puerta de Saint-Denis, un fuego asesino. Regresé a la Asamblea, sorprendido de no haber encontrado un solo soldado en todo el camino que acababa de recorrer. Sólo al llegar ante el Palais Bourbon vi, al fin, grandes columnas de infantería en marcha, seguidas de cañones.<sup>322</sup>

Los obreros habían ejercido, desde febrero, una enorme presión sobre el gobierno provisional y su presencia alrededor y en el recinto de la Asamblea fue constante, de modo tal que, durante los meses siguientes, hasta junio, los diputados, socialistas o no, tuvieron que tener en cuenta que sesionaban bajo una mirada vigilante y desconfiada.

Si se repasan las medidas adoptadas en esos meses se descubre su influjo en decisiones como la restitución gratuita de prendas empeñadas en el monte de piedad; la afectación de las Tullerías para darle asilo a los “inválidos del trabajo”; la creación de veinticuatro batallones de la Guardia Nacional a sueldo; la expedición de bonos de pan y víveres a los “ciudadanos armados”; el establecimiento de los Talleres Nacionales; la creación de una “Comisión Gubernamental para los Trabajadores”, presidida por Louis Blanc e integrada adicionalmente con trabajadores obreros y la disminución de una hora de la jornada de trabajo (de once a diez diarias). Blanc impulsaba la radicalización proletaria, sabotando las elecciones y prometiendo desconocerlas. Pero los obreros fueron frenados por el anticomunismo de los burgueses parisinos y la innegable popularidad del Gobierno Provisional, quien rechazó, con Lamartine a la cabeza, la bandera roja e impuso la tricolor, por decreto. La presencia y maniobras del Ejército regular fueron también muy disuasivas. La tropa llegó a gritar ¡Abajo los comunistas! Las elecciones en el distrito del Sena, si bien le dieron el triunfo a Blanc y a Albert, derrotaron a Blanqui y a Cabet. Pero los primeros dos no figurarían en el Ejecutivo Colegiado (comisión ejecutiva) de cinco miembros. Agulhon ha visto en esto una probable reacción antisocialista.<sup>323</sup>

Es cosa bien sabida que el fracaso en las urnas lleva a los inconformes a las calles en tentativas antiparlamentarias. El pretexto para hacerlo en aquel entonces fue Polonia, sojuzgada por Rusia. La multitud invadió la

<sup>322</sup> *Ibidem*, pp. 186 y 187.

<sup>323</sup> Agulhon, Maurice, *Les Quarante-huitards*, París, 1992, p. 140.

Asamblea, exigiendo acudir en ayuda del martirizado país: los diputados reclamaron con la violación del recinto y, a partir de ahí, todo apuntaba desembocar en el desastre de junio.

En *La lucha de clases en Francia*, Marx expuso su punto de vista de esos días:

Los obreros no tenían alternativa: morir de hambre o emprender la lucha. Respondieron, el 22 de junio, con *la formidable insurrección en la que se libró la primera batalla entre las dos clases sociales que dividen a la sociedad moderna*. Fue una lucha entre el mantenimiento o la nulificación del orden burgués. El velo que ocultaba a la República se descosió. Se sabe que los obreros, con un coraje y un genio incomparables, sin jefes, sin planes comunes, sin recursos y, la mayor parte de ellos, aun sin armas, tuvieron en jaque, durante cinco días al Ejército, a la Guardia Móvil, a la Guardia Nacional de París y a las que afluían de las provincias. Se sabe que la burguesía se desembarazó del trance mortal con una brutalidad inaudita y masacró a más de 3,000 prisioneros. Los representantes oficiales de la democracia francesa eran de tal modo los cautivos de la ideología republicana, que necesitaron de varias semanas para comenzar a sospechar el sentido del combate de Junio. Fueron aturdidos por el humo de la pólvora entre el que se desvanecía su República imaginaria.<sup>324</sup>

Tocqueville asienta que

las noticias iban haciéndose más inquietantes por momentos. La Asamblea había querido recomenzar sus trabajos ordinarios, pero le costaba trabajo seguirlos... Fallux, en nombre del Comité de la Asistencia Pública, propone *un decreto que disuelve los Talleres Nacionales* y se le aplaude... Al fin, aparecen dos miembros de la Comisión Ejecutiva. Anuncian que la situación es peligrosa pero que, a pesar de ello, se espera sofocar la insurrección antes de la noche. La Asamblea se declara en sesión permanente... Al reanudarse la sesión, nos enteramos que Lamartine ha sido recibido a tiros de fusil en todas las barricadas a las que ha tratado de acercarse. Dos de nuestros colegas, Bixio y Dornes, han sido heridos mortalmente, al querer dirigirse a los insurrectos... Muchos oficiales notables han sido muertos ya, o están fuera de combate. Un miembro, Considerat, habla de hacer una concesión a los obreros. La Asamblea, que estaba tumultuosa e inquieta, pero que no era débil, se alza ante aquellas palabras: ¡Fuera —se grita desde todas partes, con una es-

<sup>324</sup> *Ibidem*, p. 169 (traducción del autor).

pecie de furor—. No se puede hablar así sino después de la victoria!... Hacia la medianoche se presentía Cavaignac. La Comisión Ejecutiva había concentrado en sus manos, desde la tarde, todos los poderes militares... Anuncia que ha dado orden a todos los regimientos situados a lo largo de las vías férreas de que marchen sobre París. Termina diciendo que los insurgentes son rechazados hasta en las barreras de las puertas de la ciudad, de la que esperaba ser dueño en breve... Me desperté tarde. Al abrir los ojos escuche un sonido, metálico y seco, que hizo temblar nuestros cristales y se extinguió inmediatamente en medio del silencio de París. ¿Qué es eso?, dije. Y mi mujer me respondió: Son cañonazos. Hace una hora que los estoy oyendo. El tambor comenzaba a tocar alarma, de todas partes. Verdaderamente, el día de la gran batalla había llegado.

El recuerdo de Tocqueville confirma el análisis de Marx, en el sentido de la obnubilación esperanzada de la clase política ante acontecimientos destructores, de la concordia y el advenimiento de una República que acababa de mostrar su verdadero rostro. La disputa sobre el orden legal y político que ahora convenía a Francia, la necesidad ingente de una ordenación nueva, que reconociera el peso político del proletariado, se estrelló no contra argumentos y razones, sino ante las bayonetas puestas ahí por los dueños reales del poder económico, que siempre ha sido correlato del político.

Los guardias nacionales —prosigue Tocqueville— estaban desesperados: se creían, o mal dirigidos o traicionados por la Comisión Ejecutiva y lanzaban contra ella terribles imprecaciones. Aquella desconfianza extrema de la fuerza armada respecto a sus jefes me pareció un síntoma tremendo... Yo aseguraba ya que toda la clase obrera estaba comprometida en la lucha, o con sus brazos o con su corazón... El espíritu de insurrección circulaba de un extremo a otro de aquella vasta clase y por cada una de sus partes, corrió la sangre como en un solo cuerpo... Era como una atmósfera de guerra civil que envolvía todo París y en medio de la cual había que vivir... Blanqui había traído del campo y colocado en su casa como criado al hijo de un pobre hombre, cuya miseria le había impresionado. La tarde del día en que se inició la insurrección, oyó a aquel niño decir, al tiempo que recogía la mesa: el domingo que viene seremos nosotros los que comeremos las alas de pollo...

... A través de los informes contradictorios era fácil comprender que *nos hallamos ante la insurrección más general, la mejor armada y la más airada que jamás se hubiera visto en París*. Los Talleres Nacionales y algunas bandas revolucionarias que acababan de ser licenciadas les proporcionaban

unos soldados indisciplinados y aguerridos y unos jefes. Y la insurrección seguía extendiéndose por momentos y era difícil creer que no acabaría venciendo, al recordar que todas las que se habían producido desde hacía sesenta años habían triunfado... Pero lo que más nos alarmaba eran nuestros jefes los miembros de la Comisión ejecutiva, que nos inspiraban una profunda desconfianza... Desconfiábamos de la fidelidad de algunos y de la capacidad de todos. Además, había entre ellos (¡otra vez su fantasma tribunicio!) demasiada gente de oratoria y de pluma para que su acción pudiese resultar eficaz.<sup>325</sup>

El acuerdo provisional entre la burguesía y el proletariado quedaba denunciado y revocado, con las consecuencias represivas de parte de unos y la resistente animosidad de los otros. Los encargados de la marcha institucional se vieron muy por debajo de su responsabilidad histórica mientras que los líderes de la extrema izquierda radical no sabían aún de la técnica del golpe de Estado que les hubiera servido decisivamente. Habría que aguardar hasta 1917.

Sin embargo, triunfamos de aquella insurrección tan formidable. *Lo que la hacía tan terrible fue precisamente lo que nos salvó* y jamás puede emplearse mejor el famoso dicho: Habríamos perecido si no hubiéramos estado tan cerca de perecer. *Si la revuelta hubiera tenido un carácter menos radical y un aspecto menos aterrador* es probable que los burgueses, en su mayor parte, se hubieran quedado en sus casas. *Francia no habría corrido en nuestra ayuda.* La propia Asamblea Nacional acaso hubiera cedido. Una minoría de sus miembros lo que habría aconsejado, por lo menos, y la energía de la corporación se habría debilitado mucho con ello. *Pero la insurrección fue de tal magnitud, de tal naturaleza, que toda transacción con ella pareció inmediatamente imposible* y, desde el primer momento, no dejó más alternativa que la de vencer o de perecer.

Dice Tocqueville que por esta misma razón ningún hombre importante pudo colocarse a la cabeza de los insurgentes.

Es normal que las insurrecciones comiencen sin jefe, pero siempre acaban por encontrarlo. Aquella terminó sin descubrirlo. Ni siquiera los montagnards de la Asamblea se atrevieron a pronunciarse en su favor... Las pasiones ambiciosas, ciegas y groseras, que llevaban al pueblo a empuñar las armas, les daban miedo: pasiones tan temibles, en efecto, para los que sim-

<sup>325</sup> Tocqueville, *op. cit.*, p. 191.

patizan sin abandonarse enteramente a ellas, como para quienes las combaten y condenan.<sup>326</sup>

Añade: “los únicos hombres que habrían podido ponerse a la cabeza de los insurrectos de Junio se habían hecho prender prematuramente como tontos, el 15 de mayo y no oyeron el ruido del combate más que a través de los muros de la fortaleza de Vincennes”. Thiers acabó por perder la cabeza. Llamó a Tocqueville, Barrot, Dufaure, Ramusat y Lanjuinais y les propuso que los diputados, la Asamblea entera, buscara salir de París, a fin de ponerse a salvo trasladando la sede de República a un lugar que permitiera que el Ejército y las guardias nacionales recuperaran el control perdido.

Dijo esto —añade burlonamente— en un tono muy animado y con más emoción tal vez de la que conviene mostrar en los grandes peligros... Dufaure, que tenía la imaginación menos ágil replicó, con una mueca y una flemma un tanto despectiva, que aún no había llegado el momento de ocuparse de semejante plan.

Tocqueville, sin embargo, alertó a su mujer sobre la inminente necesidad de abandonar la ciudad, mientras en la Asamblea “se trataba de votar un decreto que declarase el estado de sitio en París, que suspendiera los poderes de la Comisión Ejecutiva y que la sustituyese por una dictadura militar, ejercida por el general Cavaignac”.<sup>327</sup>

La cosa —dice nuestro cronista— era fácil de realizar y sin embargo no se hacía. Pequeñas mociones venían a cada momento a romper y a desviar la corriente de la voluntad general, “porque las asambleas se hallan muy sujetas a ese tipo de pesadillas, en las que una fuerza desconocida e invisible parece interponerse siempre, en el último instante, entre el pensamiento y la acción, impidiendo al primero llegar hasta la segunda”. Bastide, el menos oratorio de los diputados, finalmente lo consiguió y el decreto se votó en un abrir y cerrar de ojos, tecnología admirable y ejemplar para quienes la premura de sus intereses no reconoce prelación superior.

Yo me levanté contra el párrafo que declaraba el estado de sitio de París y lo hice por instinto, más que por reflexión. *Siento por naturaleza tal desprecio*

<sup>326</sup> *Ibidem*, pp. 192 y 193.

<sup>327</sup> *Ibidem*, p. 194.

*y tal horror ante la tiranía militar* que esos sentimientos se alzaron tumultuosamente en mi corazón cuando oí hablar del estado de sitio y dominaron incluso los sentimientos que el peligro suscitaba. Con ello cometí un error que afortunadamente tuvo pocos imitadores.

Tocqueville fue uno de los 60 delegados facultados por la Asamblea para dar a conocer los decretos, el del estado de sitio y el de las pensiones para viudas y huérfanos a los guardias nacionales y reavivar con ellos su confianza, ya desalentada. Y allá fue Tocqueville, ceñido su fajín de diputado, muy pintoresco, acompañado de otro, el banquero radical socialista Boudchaux, quien,

*a fuerza de ver de cerca los negocios, había acabado por recubrir de algunas ideas razonables el fondo de su espíritu, que estaba lleno de teorías extravagantes.* [Lo que quiere decir, que el regordete, ya para entonces, era más banquero que radical-socialista.] *Por su cara, no parecía judío en absoluto, a pesar de que lo era por padre y madre. Era imposible ser más vanidoso, más irascible, más litigante, más petulante ni más fácil de emocionar. No podía hablar de las dificultades de un presupuesto, sin derramar lágrimas. Por lo demás, era uno de los más valientes hombrecitos que pudieran encontrarse. Al paso de los “diputados-heraldos” los guardias nacionales vitoreaban a la Asamblea Nacional. Decepcionado, Tocqueville pronto se dio cuenta de la cobardía de su séquito, que sugería cumplir la encomienda limitándose al pacífico y seguro Jardín de las Tullerías, en donde estaban acampados varios regimientos.* Siempre me ha parecido interesante seguir los involuntarios movimientos del miedo en las gentes de talento. Los tontos muestran su miedo groseramente, totalmente desnudo, pero los otros saben ocultarlo con un velo tan fino y delicadamente tejido de pequeñas mentiras verosímiles, que hay un cierto placer en contemplar ese ingenioso trabajo de la inteligencia. Por otra parte, observó que cuando se anunciaba a los guardias nacionales que París había sido puesto en estado de sitio, ellos se mostraban contentos y que cuando se les decía que la Comisión Ejecutiva había sido derrocada, lanzaban gritos de alegría. Jamás pueblo alguno se mostró tan satisfecho de verse desembarazado de su libertad y de su gobierno.

Era el ¡*vivan las cadenas!* Pero en francés. Remata el relato con su obsesiva antipatía hacia Lamartine, esgrimida con palabras desconsideradas e injustas, en que trasuda el horrible estigma de la envidia.

“En ello había desembocado, en menos de dos meses, la popularidad de Lamartine”. En el fondo, ¿qué importaba esa dichosa popularidad

ante el desastre colectivo? ¿Quiere Tocqueville dar a entender que dicha pérdida de afección popular fue un factor de peso en la crisis violenta de Junio? ¿Que la figura de Lamartine habría sido, conservada la estimación masiva hacia él, capaz ella sola de impedir o ahogar el estallido proletario? Pensar en términos tan insostenibles no le hace ningún favor a Tocqueville y sí arroja una sombra deplorable sobre su luminosa figura. Regresado que hubo a la Asamblea, Tocqueville sentencia, desde la eminente altura de su experiencia que: “Las asambleas son como los niños: la ociosidad las induce a decir o a hacer muchas tonterías”.<sup>328</sup> Y, de nuevo, un agujón, esta vez para sus colegas abogados, ocupación que a Tocqueville nunca le fue grata:

Como se sabe, el presidente de la Asamblea era Senard, célebre abogado de Rouen, hombre valioso, pero que desde su juventud *había contraído tal costumbre de la escena en las comedias cotidianas que se representaban ante los tribunales*, que había perdido la facultad de expresar con verdad sus imprecisiones auténticas, *si por un azar llegaba a tenerlas*. Siempre tenía que añadir, a los rasgos de valor de los que éramos informados periódicamente, algunas exageraciones de su cosecha y tenía que expresar la emoción que, al parecer, efectivamente sentía con unos sonidos cavernosos, con unos temblores de voz y una especie de hipo trágico que le hacía semejarse, en aquellos mismos instantes, a un actor. Jamás lo ridículo y lo sublime estuvieron tan cerca, porque lo sublime estaba en los hechos y lo ridículo en el narrador.

El 24 de junio concluye con la anotación, incierta y esperanzada: “La insurrección, contenida en todas partes, no está aún dominada en ninguna”.

Conforme la seguridad en el triunfo final avanzaba, Tocqueville se permitía expresiones cada vez más audaces y aventuradas. Baste para demostrarlo el apunte del 25 de junio, cuando dice que su portero, antiguo soldado, borracho y golpeador, “era socialista de nacimiento o, mejor, de temperamento”. ¡Cuánto y cuán justificado temor ante una etiqueta que ahora podía ser adherida a cualquier pelafustán! Como atenuante de ese despropósito habría que recordar que el holgazán portero había prometido que mataría a Tocqueville la noche de aquel día, cuando éste regresara a casa. En cambio, al general Lamoricière le mataron sucesivamente tres de los caballos en los que dirigía el combate: descabalgaba para montar

<sup>328</sup> *Ibidem*, p. 200.

al sustituto, sin inmutarse, lo que a Tocqueville le produjo grande admiración. Y ¿a quién no?

Revela Tocqueville lo mucho que el gobierno debió a la novedosa guardia móvil, a la que faltó poco para decidirse en favor de los insurgentes:

Es verdad que, una vez decididos, hicieron prodigios. Todos pertenecían a ese género de muchachos de París que da a nuestros ejércitos los soldados más indisciplinados y los más temerarios, porque saltaban hacia el peligro. Iban a la guerra como a la fiesta. Pero resultaba fácil ver que lo que amaban era mucho más el combate que la causa misma por la que combatían.

Al acabar de entender la complejidad militar de la situación, conservó para la posteridad el dictamen del bravío Lamoricière: “Aquí, el vencido será el primero que pierda la fuerza moral”.<sup>329</sup> Entonces, cuenta, llegó Thiers y se arrojó al cuello de Lamoricière, diciéndole que era un héroe y es que —añade Tocqueville— “el gran peligro es como el vino: enternece a los hombres”. Medidas terribles preparaban los dos enternecidos, entre ellas, lanzar granadas detrás de las barricadas, barrenar las paredes y derribar con explosivos las casas asediadas. No se fusilaría a ningún prisionero, pero se mataría a quien opusiera resistencia.

No diré más de los combates de Junio. Los recuerdos de los dos últimos días se entremezclan con los de los primeros y en ellos se pierde. Se sabe que el *faubourg* Saint-Antoine, última ciudadela de la guerra civil, no depuso las armas hasta el lunes, es decir, hasta el cuarto día después de la lucha... Casi toda la antigua nobleza de la región de La Mancha había empuñado las armas... Y lo mismo ocurrió en toda Francia. Desde el noble más encastillado en el fondo de su provincia hasta los elegantes e inútiles herederos de las grandes familias, todos recordaron, en aquel momento, que habían formado parte de una casta guerrera y reinante y en todos los sitios dieron ejemplo de vigor, que tan grande es la vitalidad de esos viejos cuerpos aristocráticos. Porque conservan una marca de sí mismos, cuando ya parecen reducidos a cenizas, y se yerguen varias veces de entre las sombras de la muerte antes de descansar, para siempre, en ella. Fue precisamente en medio de las jornadas de Junio cuando expiró el hombre que, tal vez, ha conservado mejor el espíritu de las antiguas razas en nuestros días, M. de Chateaubriand, a quien me

<sup>329</sup> *Ibidem*, p. 208.

habían acercado tantos lazos de familia y recuerdos de infancia. Desde hacía mucho tiempo había caído en una especie de mudo estupor que, por momentos, hacía creer que su inteligencia se había apagado. Sin embargo, en aquel estado, oyó el rumor de la Revolución de Febrero y quiso saber qué pasaba. Al informarle que acababan de derrocar la monarquía de Luis Felipe dijo: ¡Bien hecho!, y se calló. Cuatro meses después, el fragor de las jornadas de Junio llegó también a sus oídos y preguntó, de nuevo, qué ruido era aquel. Le respondieron que se estaba luchando en París y que eran cañonazos. Entonces, hizo inútiles esfuerzos por levantarse, diciendo ¡quiero ir allá! y, después, se calló, esta vez para siempre pues murió al otro día.<sup>330</sup>

Resulta significativo esta suerte de epílogo a los *Souvenirs* de un gran prosista homenajando al hombre grande y genial, escritor que seguiría haciéndose oír desde ultratumba, de otro modo que Tocqueville.

Irreformable, pues a la altura de su vida era normal que ya no cambiara mucho, Tocqueville le pone un triste sello al punto final de sus recuerdos de la insurrección:

Las teorías socialistas continuaron penetrando en el espíritu del pueblo, bajo la forma de las pasiones de la codicia y la envidia, y depositando en él la simiente revoluciones futuras, pero el partido socialista como tal quedó vencido e impotente... El amor a la independencia, sin embargo, iba a ser sustituido por el temor y tal vez por el aborrecimiento de las instituciones libres; después de tal abuso de la libertad, tal retroceso era inevitable... Preveo que todos caeremos en un mismo descrédito, hasta que los recuerdos particulares de la Revolución de 1848 se alejen y se borren y que el espíritu general del tiempo recobre su predominio.<sup>331</sup>

Nada de lo anterior ocurrió, como lo aseguraba el ilustre y escéptico cronista, que se había asomado a un abismo social de cuyas profundidades emergerían nuevas fuerzas y otras distintas adversidades, que él ya no alcanzaría a ver. No vería el florecimiento democrático del mundo ni el cataclismo social que la desigualdad desencadenaría por doquier, aunque esto último, quizás, no le habría inquietado hondamente. Sainte-Beuve descubrió, en la obra y en la correspondencia de Tocqueville, a un hombre del 89, “tan celoso de la libertad que desconfía de la igualdad y siempre está en guardia contra ésta; más que su amigo, parece, en oca-

<sup>330</sup> *Ibidem*, pp. 211 y 212. Sobre Chateaubriand, Véase *ut supra*.

<sup>331</sup> *Ibidem*, p. 212.

siones, su adversario”<sup>332</sup>. Juicio con el que, visto lo que aquí se ha podido ver, es fácil coincidir.

Tocqueville abordaría más tarde el problema de la desigualdad social, afirmando en *El Antiguo Régimen...*<sup>333</sup> que las revoluciones anidan en la multiplicación de privilegios mirados como socialmente injustificados; entre ellos, los más peligrosos son los que provienen del dinero,

cuya extensión todos pueden apreciar al primer golpe de vista y cuya contemplación les ofende; las sumas que estos privilegios producen son otras tantas medidas para evaluar el odio que despiertan. Sólo hay cierto número de hombres que aspiren a conquistar honores y dirigir el Estado; pero son poquísimos los que no desean ser ricos. A muchos les importa poco saber quién los gobierna, pero no hay nadie a quien le sea indiferente lo que pase con su fortuna privada... Así pues, *los privilegios que procuran dinero* son, a la vez, menos importantes y más peligrosos que los que dan poder. Al conservar aquéllos con preferencia a estos últimos, los nobles franceses se quedaron, no *con la parte útil de la desigualdad*, sino con la que hiera. Mortificaban y empobrecían al pueblo, pero no lo gobernaban... inspiraban odio, pero no temor...

De lo anterior cabe colegir que las desigualdades no hieren si son dictadas por un orden de cosas socialmente visto como eficaz y no requieren reformas ni denuncias ociosas. Solamente cabe emprenderlas contra las desigualdades que lo son al provenir de orígenes turbios, de personajes equívocos, de chapuzas y trampas con dineros públicos. Tocqueville se permite esta operación deslindadora, convencido —como parecía estarlo— de la irremediable desigualdad de todo lo humano, pues esa asimetría era para él la de Creación entera.

La mayor parte de las aristocracias han perecido, no porque constituyeran el fundamento de la desigualdad en el mundo, sino porque pretendían mantenerla eternamente a favor *de ciertos individuos* y en detrimento de *otros determinados*. Lo que odian los hombres es *una clase de desigualdad más que la desigualdad en general*.

Cuando esas asimetrías son invariables a lo largo de periodos prolongados y pesan invariablemente sobre los hombros de grupos determi-

<sup>332</sup> Sainte-Beuve, Ch., *Juicios y estudios literarios*, París, 1899, p. 257.

<sup>333</sup> Tocqueville, Alexis, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Madrid, 1978, t. I, pp. 32 y ss.

nados, como una suerte de herencia fatal e irrevocable, la sensación de opresión que ella provoca es causa eficiente de grandes conmociones sociales, que, a veces, desembocan en revolución general, en lo económico y en lo político, a fin de ponerle remedio a las desventuras del mundo. Pero esto último no fue la perspectiva con las que Tocqueville miró el asunto, aunque pueda ser deducido de su planteamiento. Lo que observó en la sociedad francesa fue el fenómeno feliz de la *republique des lettres*, florecida en medio de la monarquía absolutista más brillante que jamás haya existido. Aquella república todavía refulge con brillos similares a los de las grandes arquitecturas del siglo clásico, símbolos de esa portentosa monarquía.

La excepcionalidad francesa también fue decodificada por Tocqueville:

Muchos hombres ambiciosos, que desprecian el dinero y cuyo origen plebeyo les impide el acceso a los asuntos del gobierno y se refugian en el estudio de las letras como en un último asilo, y tratan de alcanzar la gloria literaria, única que les está permitida. Se crean así, fuera del mundo político, una situación brillante, que rara vez se les disputa. En todo tiempo, la nobleza francesa había tenido a la mano a los escritores, complaciéndose en acercarlos a ella. Pero muy especialmente en el siglo XVIII, época ociosa en la que los gentiles hombres se hallaban casi tan descargados de las tareas del gobierno como los mismos plebeyos y en la que las Luces habían dado a todos, al difundirse, el delicado gusto de los placeres literarios.

Esa fue la mayor, la más trascendente conquista del “tercer Estado”, burgués y revolucionario, que pronto se vería con el timón de mando del Estado entre sus manos conduciendo, a Francia y al mundo entero hacia una nueva región, la de los derechos y las libertades públicas que habían trazado los escritores, tratadistas y polemistas del laborioso siglo de las Luces. Para Tocqueville,

*hacía tiempo que en Francia todo marchaba hacia la democracia. Aquel que, sin conformarse con las apariencias externas, haya querido representarse el estado de impotencia moral en que había caído el clero, el empobrecimiento y decadencia de la nobleza, la riqueza y las luces del tercer Estado, la singular división ya existente de la propiedad territorial, el gran número de fortunas medianas y el escaso número de las grandes; aquel que haya tenido presentes las teorías profesadas en dicha época, los principios, tácita pero casi universalmente admitidos; aquel, repito, que haya reunido en un mismo*

punto de vista todos esos objetos diversos, no habrá podido menos que sacar en conclusión que la Francia de entonces era ya, mirándolo bien, la nación más verdaderamente democrática de Europa.

Los escritores y tratadistas, los poetas y los científicos, los matemáticos, los médicos y los naturalistas, así como los hombres de letras, fueron en el siglo XVIII, al decir de Tocqueville, los principales políticos de la época. ¿Cómo pudieron llegar a esta calidad, carentes, como estaban de posiciones y riquezas? La respuesta es una edición de la antinomia entre teoría y práctica y ha surgido en todos los tiempos:

La misma condición de estos escritores les predisponía a favor de las teorías generales y abstractas en materia de gobierno y les hacía confiar en ellas ciegamente. Viviendo como vivían tan alejados de la práctica, ninguna experiencia podía entibiar su ardor natural; nada les hacía ver los obstáculos que los hechos ya existentes podían significar, incluso para las revoluciones más necesarias. Tampoco los presentían; pues la total ausencia de libertad política hacía que el mundo de los negocios públicos no sólo les era desconocido, sino también invisible. Ni intervenían ante él, ni podían ver siquiera lo que otros hacían. Carecían pues de esa instrucción superficial que la contemplación de una sociedad libre y el ruido de lo que en ella se dice dan incluso a los más ajenos a los asuntos del gobierno. Ello les dio una mayor osadía en sus innovaciones, más amor por las ideas generales y más confianza en su razón individual de la que se encuentra por lo común en los autores de libros especulativos sobre la política. Esa misma ignorancia les permitió ser escuchados por la multitud y conquistar su corazón. Si los franceses hubiesen seguido interviniendo en el gobierno a través de los Estados generales, como en otro tiempo; incluso si hubieran continuado ocupándose diariamente de la administración del país en las asambleas de sus provincias, no se habrían dejado inflamar como entonces lo hicieron, por las ideas de los escritores, porque habrían conservado cierta práctica en los asuntos públicos, que les habría prevenido contra la teoría pura. No es de extrañar que la nobleza y la abundancia, excluidas por tanto tiempo de vida pública, dieran muestras de tal inexperiencia; lo que sí debe sorprender es que no mostrasen mayor previsión los que dirigían los asuntos públicos, los ministros, los magistrados, los intendentes. Y, sin embargo, muchos de ellos eran expertísimos en su oficio; *conocían a fondo todos los pormenores de la administración política de su tiempo; pero en relación con esa gran ciencia del gobierno que enseña a comprender el movimiento general de la sociedad, a juzgar lo que pasa en el espíritu de las masas y a prever sus resultados, eran tan ignorantes como el pueblo mismo.*

La *praxis*, cuando sólo de ella proviene el conocimiento, es insuficiente para comprender los fenómenos a fondo y, la teoría, cuando es la fuente exclusiva de la reflexión, tampoco aprehende la riqueza inefable de la vida. Ya se sabe que el desiderátum es la confluencia de ambas. Tocqueville, con su perspicacia proverbial, llegó a advertir que el divorcio entre ellas era causante parcial del estallido social del 89, y entonces esa inédita tesis sería en adelante una forma acreditada para descifrar la historia política. Esta es la novedad, entre otras, de *El Antiguo Régimen...* que, venido después de los *Recuerdos*, pone el punto final al trabajo de interpretación histórica del gran normando. Como si esto fuera poco, Tocqueville llegó a otra conclusión, muy reveladora y de gran virtualidad explicativa:

Por encima de la *sociedad real*, cuya organización era aún tradicional, confusa e irregular, donde las leyes eran diversas y contradictorias, los rangos estaban separados y las condiciones eran fijas y desiguales, las cargas se iba edificando, poco a poco una *sociedad imaginaria*, en la que todo parecía sencillo, coordinado, uniforme, equitativo y razonable. La *imaginación de la muchedumbre fue desertando gradualmente de la primera y pasándose a la segunda. Se desinteresó de lo que era para no pensar sino en lo que podría ser, y se vivió, espiritualmente en aquella ciudad ideal construida por los escritores.*

Aparece así un nuevo saber, el de la *sicología política* y la punta de otro, *el de la sicología leboniana de las multitudes*, pues por todos lados habían surgido rebeliones masivas, algunas con la virulencia de las jornadas de 1848 en París. Al empeñarse Tocqueville en descifrar el rumbo histórico de los días de su magna crónica, no había propuesto aún uno de los elementos de la *clave de bóveda* de sus obras analíticas, puesto que éste se halla en la postrera suya, en *El Antiguo Régimen*:

En el siglo XVIII se había operado una especie de transformación en la noción que los franceses tenían de *la libertad*. La libertad puede ofrecerse al espíritu humano bajo *dos formas distintas*. Se puede ver en ella *el uso de un derecho común o el goce de un privilegio*. Querer ser libre, no porque todos los hombres tengan un derecho general a la independencia sino por poseer uno mismo un derecho particular a permanecer independiente; era la manera de entender la libertad en la Edad Media. Según la noción moderna, la noción democrática, la noción justa de la libertad, dando por supuesto que todos han

recibido de la naturaleza las luces necesarias para guiarse a sí mismos, es que cada hombre trae consigo al nacer un derecho igual e imprescriptible a vivir independiente de sus semejantes en todo aquello que sólo está relacionado consigo mismo y a disponer como le parezca de su propio destino. En cuanto esta noción de la libertad penetra hondamente en el espíritu de un pueblo y arraiga con fuerza en él, *el poder absoluto y arbitrario* no es más que *un hecho material*, un *accidente pasajero*. Pues al tener cada individuo un derecho absoluto sobre sí mismo, la voluntad soberana sólo puede emanar de la unión de las voluntades de todos...

En Francia, hasta el propio poder real, aun cuando seguía siendo absoluto en teoría, empezó a reconocer tácitamente con su conducta que *el sentimiento público* era la primera de las potencias... Fue en ese siglo cuando se oyó hablar por primera vez de los *derechos generales de la humanidad*, de los que todo hombre puede reclamar con goce igual, como si fuera el de un legítimo e inalterable legado y de los *derechos generales de la naturaleza*, que cada ciudadano puede invocar... Entre estos últimos, el derecho a la vida, a la libertad y a la integridad corporal; de los primeros, los civiles y políticos. El levantamiento de 1848 había acuñado uno novedoso, el *derecho al trabajo*, que tantas y tan airadas polémicas levantó en aquellos días. Tocqueville siempre lo vio con gran recelo, como cosa propia de demagogos y de agitadores sociales. Finalmente, ante la Asamblea Constituyente, fijó su posición al respecto, la que por proceder de quien viene es significativa expresión de la polémica jurídico-política en la que se han visto envueltos los derechos del hombre, cuyo camino entre adversidades ha pretendido ser descrito en una anterior obra nuestra.<sup>334</sup> Las palabras de Tocqueville brillan, por su lucidez general y también por el contraste con las sombras que se advierten entre ellas y bien pueden fijar un punto de reposo provisional en el trayecto del largo y sinuoso camino recorrido hasta aquí. Dijo Tocqueville, desde la tribuna el 12 de septiembre de 1848, refiriéndose al artículo relativo a ese derecho en el Proyecto constitucional:<sup>335</sup>

La comisión redactora del Proyecto pretende imponer a la sociedad el deber de acudir en ayuda de toda miseria mediante el trabajo o por el seguro social propiamente dicho. Al decir esto, la Comisión ha querido, sin lugar a dudas,

<sup>334</sup> *Derechos entre adversidades*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2014.

<sup>335</sup> En *Tocqueville. Œuvres, cit.*, t. I, pp. 1139-1152.

imponer al Estado un deber más extenso, más sagrado, que el que le ha sido impuesto hasta el momento, pero no ha pretendido hacer algo absolutamente novedoso: ha pretendido incrementar, consagrar y regularizar la caridad pública, y no ha querido hacer otra cosa sino caridad pública.

Pero la enmienda al texto que hoy se presenta hace por el contrario, otra cosa y mucho más; la enmienda que acuerda a cada hombre en particular el derecho general, absoluto, irresistible, al trabajo, esta enmienda lleva necesariamente a alguna de estas consecuencias: el Estado emprenderá a otorgar a todos los trabajadores el empleo que les falta y así se encaminará a hacerse, poco a poco, industrial. Y como será el empresario industrial que se encuentre en todo sitio, en todo lugar, no podrá rehusar el trabajo, imponiendo ordinariamente tareas menores, estará invenciblemente conducido a hacerse el principal y pronto, de alguna suerte, el único empresario industrial. Una vez llegado a esto, los impuestos no serán más el medio para hacer funcionar la máquina del gobierno, sino el gran medio para alimentar la industria. Acumulando en sus manos todos los capitales de los particulares, el Estado deviene, al final, en el propietario único de todas las cosas. *Y eso es el comunismo*. Si por el contrario, el Estado quiere escapar a la necesidad fatal de la que vengo de hablar, si desea, no por él mismo y con sus propios recursos, dar trabajo a todos los obreros sino velar para que lo encuentren con los empresarios particulares, eso entraña fatalmente intentar una reglamentación de la industria, tal como lo sostiene el sistema ideado por el preopinante. Estará constreñido impedir el paro, a impedir una mala concurrencia entre los trabajadores, distribuyéndolos de tal modo que esa no se presente nunca, a regular los salarios, a planificar la producción, bien moderándola, bien acelerándola; en una palabra, convirtiéndose en el grande y único organizador del trabajo. *Y eso es el socialismo*.

No lo disimulemos, nada se gana postergando discusiones de un principio que existe en el fondo mismo de la sociedad y que, tarde que temprano, aparecería de una u otra manera, en las palabras y en los actos. Sí señores, es necesario que, tarde que temprano, *esta cuestión del socialismo, que todos temen y que hasta hoy nadie osa abordar*, llegue finalmente a esta tribuna; es necesario que esta Asamblea la resuelva y es preciso que nosotros descarguemos al país del peso que este pensamiento socialista hace gravitar —por así decirlo— sobre sus hombros; se requiere resolver la cuestión socialista y este es el propósito de mi presencia en esta tribuna. Es preciso que la Asamblea sepa, que Francia entera sepa, si la Revolución de Febrero es o no una revolución socialista. Se dice y se repite que detrás de las barricadas de junio brotó el de ¡Viva la república democrática y social! ¿Qué entendemos por estas palabras? Se trata de saber y ante todo se trata de que la Asamblea Nacional lo diga.

La Asamblea puede creer que no es mi intención examinar ante ella los diferentes sistemas que pueden ser comprendidos bajo este mismo término,

el de socialismo. Únicamente deseo procurar reconocer, en pocas palabras, los rasgos característicos que tienen todos esos sistemas y ver si esta cosa que ostenta esa fisonomía y dichos rasgos es lo que ha deseado la Revolución de Febrero.

Si no me equivoco, señores, *el primer rasgo* característico de todos los sistemas que llevan el nombre de socialismo es el *llamado enérgico, continuo e inmoderado a las pasiones materiales del hombre*. Es así que unos afirman que se trata de rehabilitar lo carnal; otros dicen que se requiere que aun el trabajo más duro sea además de útil, agradable; algunos más sostienen *que los hombres deben ser retribuidos, no en proporción a sus méritos, sino a sus necesidades* y hoy, desde esta tribuna, se ha dicho que el objetivo de la Revolución de Febrero es procurar a todo el mundo el consumo ilimitado.

Tengo razón, en consecuencia, para afirmar que se trata de un ataque, a veces directo, en otras ocasiones indirecto, pero siempre continuo, a los principios mismos de la propiedad industrial. Desde el primer socialista Rousseau que dijo, hace cincuenta años que *la propiedad* es el origen de todos los males de este mundo, hasta el socialista que acabamos de oír desde esta tribuna, y que, menos caritativo que el primero pasando de la propiedad al propietario, nos dijo que “la propiedad es un robo” (Proudhon), todo los socialistas, todos sin excepción, me atrevo a decirlo, atacan directa o indirectamente la propiedad individual. No pretendo decir que todos la ataquen de la manera franca y, permítaseme decirlo, un poco brutal, adoptada por uno de nuestros colegas; pero sí afirmo que todos, por medios más o menos tortuosos, si no la destruyen sí la transforman, la disminuyen, la entorpecen, la limitan, haciendo de ella otra cosa distinta a la propiedad industrial que conocemos y *que se conoce desde el mismísimo comienzo del mundo*.

He aquí el tercer rasgo que a nuestros ojos caracteriza más especialmente a los socialistas de todos los colores, de todas las escuelas y es el de una desconfianza profunda de la libertad, de la razón humana; *es un profundo desprecio por el individuo en sí mismo considerado*, al propio estatuto humano; lo que caracteriza a todos es la tentativa continua, variada, incesante, por mutilar, por acortar, por entorpecer la idea que el Estado no debe solamente ser el director de la sociedad sino que debe ser su jefe, su preceptor su pedagogo que, temeroso de dejarle equivocarse, debe colocarse sin cesar a su lado, encima de él, alrededor de él, para guiarlo, garantizarlo, mantenerlo, en una palabra, es la confiscación de la libertad humana a tal punto que, si en definitiva tuviera yo que encontrar una fórmula general que exprese lo que el conjunto de socialismos representa para mí, diría que *es una nueva manera de servidumbre*. Habéis visto señores, que no he entrado en el detalle de los sistemas; he pintado el socialismo en sus trazos principales; éstos son suficientes

para hacerse reconocer; donde los veáis estad seguros que veis al socialismo, estad seguros que lo reencontraréis.

Y bien, señores, ¿Qué es todo eso? ¿Es, como se ha pretendido tantas veces, la prolongación, el complemento legítimo, el perfeccionamiento de la Revolución Francesa? ¿Es, como tantas veces se ha dicho, el complemento, el desarrollo natural de la democracia? No señores, no es lo uno ni lo otro; recordad, señores, la Revolución Francesa; remontaos a este origen terrible y glorioso de nuestra historia moderna ¿Es aludiendo, como lo pretendía ayer un orador, a los sentimientos materiales, a las necesidades materiales del hombre como la Revolución Francesa ha efectuado las grandes cosas que la han hecho ilustre en el mundo? Creéis, por tanto, que fue hablando de salario, de bienestar, de consumo ilimitado, de satisfacción ilimitada de las necesidades físicas...

(El diputado Mathieu protesta: “yo no he dicho semejante cosa”).

¿Que fue hablando de estas cosas como ella logró despertar, ser animada, ponerse en pie, arrojar en medio de los azares de la guerra y enfrentar a la muerte a toda una generación? No, señores, no; fue hablando de cosas más altas y más bellas, hablando del amor a la patria, del honor de la patria, fue hablando de virtud, de generosidad, de desinterés, de gloria, como ha hecho esas grandes cosas; porque, después de todo, señores, estad ciertos que no hay sino un secreto para que los hombres hagan grandes cosas: aprender grandes sentimientos.

¡Y la propiedad, señores, la propiedad! Sin duda la Revolución Francesa hizo una guerra enérgica y cruel a un cierto número de propietarios; pero, en cuanto *al principio mismo de la propiedad individual*, siempre lo ha respetado y honrado y lo ha puesto en el primer rango de sus Constituciones. Ningún pueblo la ha tratado con mayor magnificencia; lo ha grabado en el frontispicio mismo de sus leyes.

La Revolución Francesa ha hecho algo más: no sólo ha consagrado la propiedad individual; la ha extendido a un mayor número de ciudadanos.

Y es gracias a esto, señores, que hoy no debemos temer las funestas consecuencias que las doctrinas socialistas han esparcido en el país y en este recinto; es en virtud de que la Revolución Francesa ha poblado Francia con diez millones de propietarios que se puede, sin peligro, dejar que nuestras doctrinas sean expuestas en la tribuna; pueden ser desoladoras para la sociedad pero, gracias a la Revolución Francesa, no prevalecerán contra ella ni la deslumbrarán.

En fin, señores, en cuanto a la libertad hay una cosa que me sorprende y es que el Antiguo Régimen, que sin duda —es preciso reconocerlo— tenía sobre muchos asuntos opiniones distintas a las de los socialistas, tuvo, sin embargo, en materia política, ideas menos distantes de ellos de lo que pudiera

pensarse. Estaba más cerca de ellos que de nosotros. El Antiguo Régimen, en efecto, profesaba la opinión que la sabiduría sólo pertenece al Estado, que los individuos son seres enfermos y débiles que requieren, para caminar, ser llevados de la mano, por temor a que tropiecen o a que se lastimen; que es bueno entorpecer, contrariar, comprimir sin cesar las libertades individuales; que es necesario reglamentar la industria, asegurar la calidad de los productos, impedir la libre concurrencia. El Antiguo Régimen pensaba sobre estos puntos, precisamente como los socialistas de hoy. ¿Quién ha pensado distinto, decidme por favor? La Revolución Francesa.

Señores, ¿quién ha destruido los impedimentos que, desde todos lados, detenían el libre movimiento de las personas, los bienes, las ideas? ¿Quién ha restituido al hombre su grandeza individual, que es su verdadera grandeza? La misma Revolución Francesa. Es la Revolución Francesa la que ha abolido todos esos obstáculos, la que ha destruido todas esas cadenas que vosotros quisierais restablecer bajo otro nombre. No fueran solamente los miembros de esa Asamblea inmortal, la Asamblea Constituyente, esa Asamblea que fundó la libertad no sólo en Francia sino en el mundo entero, no fueron solamente los miembros de esa Asamblea quienes repudiaban las doctrinas del Antiguo Régimen, además lo hicieron los hombres eminentes de todas las asambleas que sucedieron a aquélla; hasta el representante de la sangrienta dictadura de la Convención de quien leía el otro día sus palabras: hélas aquí: huid —decía Robespierre— huid de la antigua manía. Huíd de la antigua manía de querer gobernar en exceso. Dejad a los individuos, dejad a las familias el derecho de hacer libremente todo cuanto no dañe a los demás; dejad a las comunas el derecho de regular sus propios asuntos; en una palabra, llevad a la libertad de los individuos todo aquello que les ha sido ilegalmente secuestrado y que no pertenece necesariamente a la autoridad pública.

¡Y qué, señores! ¿Todo este gran movimiento de la Revolución Francesa no habría desembocado sino en esa sociedad que nos pintan con delicia los socialistas, en esa sociedad reglamentada, reglada, acompañada *en donde el Estado se encarga de todo*, en donde el individuo no es nada, en donde la sociedad, aglomerada en ella misma, resume en ella misma toda la fuerza y toda la vida, en donde el fin asignado al hombre es únicamente el del bienestar, esa sociedad a la que le falta el aire y en la que la luz no penetra?

¡Sería para esta sociedad de castores o de abejas, para esta sociedad, más de animales listos que de hombres libres y civilizados, que habría ocurrido la Revolución Francesa! ¡Sería por ésta que tantos hombres ilustres caerían muertos sobre los campos de batalla o en el cadalso, que tanta sangre gloriosa habría inundado la tierra; sería por ésta que tantas pasiones habrían sido excitadas, que tantos genios y virtudes habrían aparecido en el mundo!

No, no, lo juro por los hombres que han sucumbido en aras de esta gran causa; no era para esto que ellos murieron; murieron por una cosa más gran-

de. Más sagrada, más digna de ellos y de la humanidad. Si sólo había que hacer aquel bienestar, la Revolución era inútil y el perfeccionamiento del Antiguo Régimen habría bastado.

Venía yo de decir *que el socialismo pretendía ser el desarrollo legítimo de la democracia*. No he investigado, como han ensayado a hacerlo muchos de nuestros colegas, cuál sea la etimología auténtica del sustantivo democracia. No he recurrido, como se hacía antaño, al jardín de las raíces de las raíces griegas para saber de dónde viene este nombre.

Buscaría la democracia en donde la he visto, viva, activa y triunfante, en el único país del mundo en donde ella existe, en donde ha podido fundar, hasta el presente, alguna cosa grande y duradera, en América.

Allá, veréis un pueblo en el que todas las condiciones son más iguales entre sí que como lo son entre nosotros; en el que el Estado social, las costumbres, las leyes, todo es democrático: en donde todo emana del pueblo y a él regresa y donde, sin embargo, cada individuo goza de una mayor independencia, de una más grande libertad, que en ningún otro tiempo ni en ningún otro rincón de la tierra; un país esencialmente democrático, lo repito, la única democracia que existe hoy en día, las únicas repúblicas verdaderamente democráticas que la historia ha conocido y en dichas repúblicas buscaréis, vanamente al socialismo. No solamente las teorías socialistas no se han apoderado del espíritu público, sino que han jugado tan pequeño papel en las discusiones y los asientos de esa gran nación, que ni siquiera tiene derecho a decir que se les temiera.

La América es hoy en día el país del mundo en donde la democracia se ejerce del modo más soberano y también es en donde las doctrinas socialistas, que vosotros pretendéis tan acordes con la democracia, tienen la más baja cotización, el país entre todos los del universo en donde los hombre que sostienen tales doctrinas no tendrían la menor oportunidad de presentarse. Por mi cuenta, no vería, lo confieso, mayor inconveniente en que así lo hicieran, mas no se los aconsejo, en aras de su propio interés.

No señores; *la democracia y el socialismo no son solidarios uno del otro*: son cosas no sólo distintas, sino [incluso] contradictorias entre sí ¿Sería fortuito que la democracia consistiera crear un gobierno, más embarazoso y molesto más detallista, más restrictivo que todos los demás, con la sola diferencia de que fuera electo por el pueblo y actuara en su nombre? Pero entonces, ¿qué haríais vos, sino, otorgar a la tiranía un aire legítimo, del que carecía, asegurándole así la fuerza omnipotente que le faltaba? *La democracia extiende la esfera de la independencia individual; el socialismo la achica. La democracia otorga todo el valor posible a cada hombre; el socialismo hace de cada hombre un agente, un instrumento, un número. La democracia y el socialismo no se relacionan sino por un vocablo, la igualdad; pero, advertid*

*la diferencia: la democracia quiere la igualdad en libertad y el socialismo la quiere en servidumbre.*

*No es preciso que la Revolución de Febrero sea socialista; si no lo es, importa tener el valor de decirlo: si ella no debe serlo, es preciso, con energía, proclamarlo en voz alta, como lo hago aquí yo mismo.* Cuando no se quiere el fin es preciso no desear los medios; si no se aspira al objetivo no es necesario meterse en el camino que a él conduce. Se os propone hoy precisamente entrar en él.

No se requiere seguir esta política, que señalaba hace tiempo Babeuf, ese abuelo de los socialistas modernos. No es necesario caer en el peligro que él mismo señalaba, o más bien que indicaba en su nombre su historiador, su amigo, su alumno, Buonarotti. Escuchad lo que decía Buonarotti, pues merece ser escuchado, aunque sea cincuenta años después: *la abolición de la propiedad individual y el establecimiento de la gran comunidad nacional*, eran el fin último de sus esfuerzos (de Babeuf). Pero estaba en guardia de hacer de esto el orden del día siguiente al del triunfo; pensaba que habría necesidad de conducirse de tal forma que el pueblo entero llegara a proscribir la propiedad individual por su propio interés y en razón de sus propias necesidades. He aquí las principales recetas con las que contaba servirse, según Buonarotti: Establecer legalmente un orden público en el que los propietarios, conservando provisionalmente sus bienes, no encontraran abundancia, ni placer, ni consideración, un orden en el que fueran obligados a gastar la mayor parte de sus ingresos en asuntos culturales. Abrumados bajo el peso del impuesto progresivo, marginados de los negocios públicos, privados de toda influencia, no formarían en el Estado sino una clase sospechosa de extranjeros y serían forzados a emigrar, abandonando sus bienes o bien reducidos a sellar, con su adhesión, el establecimiento de la comunidad individual.

Si la Revolución de Febrero no es socialista, entonces, ¿qué será ella? ¿Es, como muchos dicen y creen, un puro accidente? ¿No será sino un mero cambio de personas o de leyes? No lo creo.

Cuando, en el pasado mes de enero decía yo, en la Cámara de Diputados en presencia de la mayoría de entonces, que igualmente murmuraba desde sus bancas como lo hace hoy: estad en guardia, pues el viento, revolucionario ya se levanta. Estamos sobre un volcán. ¿Por qué decía yo eso? ¿Tenía yo la debilidad de espíritu de creer que las revoluciones se aproximan porque tal o cual hombre detentara el poder? No, señores, lo que me hacía creer que se aproximaban revoluciones era lo que, en efecto, las produjo: percibía que, por una derogación profunda de los más sagrados principios que la Revolución Francesa había extendido en el mundo, el poder, la influencia, los honores, la vida por así decirlo, habían sido reducidos a los límites de tal modo estrechos de una sola clase que no había ningún otro país en el mundo que presentara

un ejemplo semejante; aun en la aristocrática Inglaterra, en esa Inglaterra a la que, *con frecuencia, hemos erróneamente tomado por ejemplo y modelo*; en esa aristocrática Inglaterra, el pueblo tomaba parte, si bien no directamente, pero de manera considerable, así fuera indirectamente, en los asuntos públicos; si no notaba él mismo (y frecuentemente sí notaba) hacía al menos, oír su voz, hacía conocer su voluntad a quienes lo gobernaban y era comprendido por aquellos y éstos lo sabían entender.

Aquí, nada había que se le asemejara. Repito, todos los derechos, todo el poder, toda la influencia, todos los honores, la vida política entera quedaban encerrados en el seno de una clave extremadamente estrecha; y por debajo, nada.

Pues bien, esto es lo que me hacía creer que la Revolución llamaba a nuestra puerta. Veía que en el seno de esta pequeña clase privilegiada, ocurría lo que siempre ocurre a la larga con las pequeñas aristocracias exclusivas; ocurría que la vida pública se extinguía, que la corrupción avanzaba todos los días, que la intriga tomaba el lugar de las virtudes públicas y todo se disminuía, se deterioraba.

Esto, por arriba.

Y, por abajo, ¿qué pasaba? Más debajo de lo que entonces se llamaba *el país legal*, el pueblo, que estaba menos maltratado de lo que se dice (pues es necesario ser justos, sobre todo con los poderes destruidos), pero del que poco se pensaba; el pueblo vivía, por así decirlo, fuera de todo movimiento oficial y hacía su vida propia, apartándose crecientemente, en espíritu y en sentimiento, de aquellos que estaban encargados de conducirlo y libraba su espíritu y su corazón a quienes estaban naturalmente relacionados con él, entre los que se contaba a esos vanos utopistas de los que venimos de ocuparnos o a peligrosos demagogos.

Porque yo veía estas dos clases, una pequeña y la otra numerosa, separarse gradualmente una de la otra, llenas, la una, de celos y, a veces, de egoísmo y de insensibilidad, porque veía que estas dos clases marchaban solitarias y en sentido contrario, es que yo decía, y tenía derecho a decirlo, que el viento de la Revolución se levantaba y que pronto llegaría la Revolución.

¿Fue para regresar a una cosa análoga por lo que se hizo la Revolución de Febrero? No, señores, no lo creo: como ninguno de vosotros; yo creo lo contrario y lo deseo, no sólo en interés de la libertad, sino en interés de la seguridad pública.

No trabajé la Revolución de Febrero, lo confieso; pero, una vez efectuada, deseo que sea una Revolución seria, porque aspiro a que sea la última. Sólo duran las revoluciones serias; una Revolución que no produce nada, que está herida de esterilidad desde su nacimiento, que nada hace salir de sus flancos,

no sirve sino para una sola cosa, para dar nacimiento a muchas revoluciones ulteriores.

Deseo, por lo tanto, que la Revolución de Febrero tenga sentido, un sentido claro, preciso, perceptible, que brille hacia afuera, que todos lo puedan ver.

Y ¿cuál sentido es ese? Lo indico en dos palabras: la Revolución de Febrero debe ser la verdadera continuación, la ejecución, real y sincera, de las aspiraciones de la Revolución Francesa, deber ser la materialización de lo que fue pensado por nuestros padres.

He aquí lo que la Revolución de Febrero debe ser, ni más ni menos. La Revolución Francesa deseaba que no hubiera en adelante clase y no abrigó jamás la idea de dividir a los ciudadanos, como vos lo hacéis, en propietarios y proletarios. No encontraréis estos vocablos, cargados del odio y de guerra, en ninguno de los grandes documentos de la Revolución Francesa. La Revolución aspiraba a que no existieran las clases; la Restauración y la realeza de Julio deseaban lo contrario. Nosotros debemos querer lo mismo que han querido nuestros padres.

La Revolución había querido que las cargas públicas fueran iguales, realmente iguales para todos los ciudadanos: ella ha fracasado. Las cargas públicas permanecen, en ciertos lugares, inequitativas; debemos lograr que sean iguales: sobre este punto debemos desear aún lo que quisieron nuestros padres y ejecutar lo que ellos no pudieron hacer.

La Revolución Francesa, ya os lo he dicho, *no tuvo la ridícula pretensión de crear un poder social que hiciera, directamente y por él mismo, la fortuna, el bienestar y la holgura de cada ciudadano, sustituyendo, con la dudosa sabiduría de los gobernantes, la sabiduría práctica e interesada de los gobernados; ha creído cumplir su tarea proporcionando a cada ciudadano, luces y libertad.*

Ella ha tenido esta firme, noble, orgullosa convicción, que vosotros parecéis no tener, que es suficiente al hombre valiente y honesto, no tener uno estas dos cosas, las luces y la libertad, para no tener ninguna otra cosa más que demandar a quienes le gobiernan.

La Revolución ha querido eso; no tuvo tiempo ni medios para hacerlo. Nosotros debemos desearlo y hacerlo.

En fin, *la Revolución francesa tuvo el deseo, y este deseo es lo que la hace no sólo sagrada sino impecablemente santa a los ojos de los pueblos, de introducir la caridad en política; ha concebido los deberes del Estado hacia los pobres, hacia los ciudadanos que sufren, concebido una idea más amplia, más general, más alta que las anteriores a ella. Es esta idea la que hemos de retomar, no para poner la previsión y la sabiduría estatal en lugar de la previsión y la sabiduría individual, sino para acudir, real y eficazmente, con los medios de los que el Estado dispone, al auxilio de todos aquellos que, habiendo*

*agotado sus recursos, quedarían reducidos a la miseria si el Estado no les tendiera su mano.*

He aquí lo que la Revolución Francesa ha querido hacer; he aquí lo que debemos hacer nosotros mismos.

¿Hay ahí socialismo?

No, no. No hay ahí socialismo; hay caridad cristiana, aplicada a la política y nada más que eso.

No hay nada que dé a los trabajadores derechos sobre el Estado y no hay nada que obligue al Estado a ponerse en lugar de la previsión individual, lugar del ahorro, en lugar de la honradez; nada hay que autorice al Estado a entrometerse en la industria, a imponerle reglamentaciones, a tiranizar al individuo para mejor gobernarlo o, como se pretende insolentemente, *para salvarlo de sí mismo*, no hay nada de eso sino de cristianismo aplicada a la política.

Sí, la Revolución de Febrero *debe ser cristiana y democrática, pero no debe ser socialista.*

Es Tocqueville en plenitud de razones y emociones y en la cúspide de su trayecto político quien surge del discurso. De ahí que sea imprescindible, para el análisis y valoración de la teoría que él fue erigiendo a partir de lecturas, viajes y experiencias excepcionales. El alto lugar que ocupa Tocqueville en la historia del pensamiento político exige que la lectura de su obra no sea meramente cosa de gabinete erudito, sino también se haga desde distintas perspectivas que auxilien a la comprensión del proceso por el que se acunaron derechos y libertades a lo largo del siglo XIX, que es el de su prolongado batallar ideológico-social.

Que auxilie, asimismo, para una más afinada intelección de las cosas actuales, lo que resulta factible mediante una hermenéutica que asuma la pieza oratoria como “texto abierto”, sin dejarlo abandonado al “Moniteur”, al *Diario Oficial*, a los periódicos de debates parlamentarios, lamentables y estériles la más de las veces, ni al canon con el que el pensamiento conservador pretende embalsamarlo. Extraerlo del sarcófago en el que ha reposado desde hace ciento sesenta y cinco años no deja de ser interesante. Estimo que, además, es útil y dicho provecho resalta si logran advertirse similitudes entre los problemas político-jurídicos de aquel entonces y las respuestas correspondientes y los desafíos que en el terreno de los derechos, se plantean hoy, aquí y en otros sitios del mundo globalizado, mundialización en la que no hay lugar para compartimentalizaciones y provincialismos impensables e imposibles, ni en lo económico ni en lo académico.

Al momento de ser pronunciado el discurso, Tocqueville (miembro de la Comisión de Constitución de la Asamblea Constituyente) pertenece a la minoría: el grave problema económico y el desamparo proletario y la necesidad de resolver o, cuando menos, amortiguar los efectos disruptores de la miseria habían llevado a unos cuantos ideólogos a postular un cambio de sistema y pasar del individualismo y sus derechos, penosa y lentamente arrancados a la élite, a otra fórmula social niveladora, otra forma para las relaciones del proceso productivo, que a Toqueville nunca le convenció y que lo lleva muy lejos del radicalismo socialista, que fue un condicionante y aclarador de su reflexión sobre el 48, *primera manifestación decisiva del protagonismo proletario* que fracturaba el pacto, “el compromiso histórico” tenido hasta entonces por éste con la burguesía francesa. Estaba en juego la definición del papel del Estado ante un conjunto problemático que históricamente se conoce como *la cuestión social*, sobre la que todos se lanzaron entonces, a diestra y siniestra. Tocqueville optó por la única vía a su alcance intelectual y político, invocando la Revolución contra toda otra Revolución. Articuló así la cadena de razonamientos que hacían posible la paz entre Revolución y cristianismo, no tanto como realidades políticas sino conceptualmente hablando. “La Révolution Française”, ese ícono de la modernidad, era ya en aquel tiempo un símbolo de legitimidad política y a él se acogió Tocqueville.

Hoy, que entre los ricos de este mundo ha vuelto a estar de moda la filantropía, habría utilidad en repasar el concepto que el gran normando tuvo de la caridad y la beneficencia públicas, que un día se creyeron superados con mecanismos de seguridad social, actualmente en crisis global. La caridad hacia el pobre era para Tocqueville democristiana, pues no habría felicidad posible, ni duradera libertad real, en medio de océanos de miseria. No admitió, ni estaba preparado conceptualmente para hacerlo, que la fórmula válida de una moralidad cristiana individualista no valía ya modernamente, ni podía ser la respuesta del proto Estado industrial al conflicto social y sus secuelas, la desigualdad económico-social la primera y más peligrosa entre ellas, pues acumula, día con día, una virulencia destructora, de los acuerdos básicos y, entre ellos, de la “*positividad de la normativa de derechos y libertades*” (Kelsen). Se refugió entonces en un “arcaísmo medievalista” al asomarse, horrorizado, al abismo que ante él se abría. Sólo le faltó aludir, para completar el cuadro, a los *reyes taumaturgos*: aunque no llegaría nunca a tanto el cartesiano Tocqueville.

Pero no era errónea, en contraste con la primera, la segunda perspectiva que delineó Tocqueville sobre un futuro “totalitarismo”, fascista y comunista. El segundo, puede todavía reconocerse hoy en Asia y, minúsculo, en el Caribe, esos Estados pervertidos que acaban siendo *dueños de todo*, incluyendo el cuerpo (y el alma) de cada uno de los ciudadanos.

La repulsión congénita que Tocqueville padecía ante toda intrusión estatal en la esfera de libertades del individuo le dificultó percibir el cambio de signo en la historia política europea, consistente en la decidida *irrupción proletaria*, no sólo en parlamentos y plazas públicas, sino también en la teoría y el debate ideológico y jurídico de su tiempo. No descifró los nuevos caracteres incomprensibles ante sus ojos y, a causa de ese desconocimiento desdeñoso ante las nuevas realidades, su escritura no pudo ya lograr nuevas fertilidades y fue apagándose en medio de las sombras del olvido y el menosprecio de sus contemporáneos. Una chapuza actual, el neoliberalismo pedestre y pueril, quiso apropiárselo sin conseguirlo del todo, en una más de las adversidades lesivas a los derechos y a las libertades por los que se ha venido luchando durante siglos.

No debiera contemplarse el vasto panorama que aquí hemos venido delineando en esbozo, sin llevar la mirada del improbable lector a un texto, clásico también, el de Carl Schmitt, *La dictadura*<sup>336</sup> como anómala situación intermedia —en la definición del tratadista alemán— entre la guerra y la paz:

Los sucesos del año de 1848 condujeron a una *regulación jurídica del estado de sitio, lo cual significa un punto final en su desarrollo*. Al gobierno solamente le atañe el estado de sitio político, el llamado estado de sitio ficticio, y la solución de los cuestiones, a saber: la competencia y el presupuesto de su declaración y el contenido de las facultades del comandante militar...

La ley de 9 de agosto de 1849 sobre el estado de sitio deja en vigor la regulación existente para el estado de sitio militar. *La cuestión propia de la regulación del estado de sitio político se consideró que era la abolición de las libertades constitucionales*. La ley parte del principio de que todos los ciudadanos conservan, a pesar del estado de sitio, sus derechos constitucionales garantizados, siempre que tales derechos no puedan ser suspendidos en virtud de una disposición especial de la ley. La regulación debe consistir en enumerar ciertos derechos que son suspendidos con la declaración del estado de sitio, es decir, de los derechos que no significan ya

<sup>336</sup> Sdmutt, Carl, *La dictadura*, trad. de José Díaz García, Madrid, 1999, pp. 253-256.

ningún obstáculo jurídico para las medidas concretas del comandante militar. Pero la regulación jurídica va más allá de la mera negación y delimita también, positivamente, las facultades del comandante militar. La cuestión más discutida hasta entonces había sido la de la jurisdicción militar y fue regulada en el sentido de que *la garantía constitucional del juez natural podía ser suspendida, pero llenando al mismo tiempo el espacio dejado vacío por la suspensión en lo relativo a disposiciones concretas sobre la composición de los tribunales de excepción y su competencia*. De esta manera, con la suspensión de un derecho enlaza una regulación positiva del estado de excepción. También se enumeran otras facultades del comandante militar: realizar registros domiciliarios, desterrar a personas sospechosas, incautarse de armas y municiones, prohibir publicaciones y reuniones peligrosas. Así *se determinan con exactitud las injerencias permitidas en la libertad personal, la libertad de prensa, la libertad de reunión y, tratándose de armas y municiones también en el derecho de propiedad*. En los restantes derechos de libertad garantizados por la Constitución de 1848, la propiedad privada, la libertad de conciencia y de culto, la libertad de trabajo y el derecho de votar los impuestos, no debía intervenir el comandante militar... Lo decisivo es... una serie de facultades delimitadas y que *ya no se suspende la Constitución en su totalidad, sino un número de derechos de libertad determinados constitucionalmente, e incluso éstos no se suspenden sin más, sino mediante la mención de las injerencias permitidas*... Un decreto del 27 de junio del 1848 resolvió la deportación de todas las personas detenidas por haber tomado parte en el levantamiento, *par mesure de sûreté générale*, y ordenó que la investigación debía continuar ante los tribunales de guerra incluso después de haber cesado el estado de sitio. Según esto, había un lugar donde podía presentarse un poder ilimitado por principio. El *pouvoir constituant* era el fundamento del mismo. Pero su ejercicio no se dejó al arbitrio técnico objetivo, del comandante militar, sino que correspondía a la Asamblea Constituyente y solamente era transmitido al comandante militar mediante una comisión de esta Asamblea. La dictadura de la que tanto se habla, no era una *dictadura soberana* de una asamblea constituyente. El comandante militar era su *delegado comisarial*.

Quizás lo más relevante de las páginas de Schmitt en este asunto sea su probada pretensión del aprendizaje de la dictadura marxista del proletariado en las calles parisinas de 1848.